Universidad de Costa Rica
Escuela de Estudios Generales
Sección de Historia de la Cultura

Historia e incertidumbre

Víctor Hugo Acuña Ortega

22

Serie Cuadernos de Historia de la Cultura

EDITORIAL UCR

Historia e incertidumbre

Universidad de Costa Rica
Escuela de Estudios Generales
Sección de Historia de la Cultura

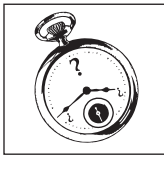
Consejo Editorial de Cuadernos de Historia de la Cultura

M.Sc. David Díaz Arias
Dra. Carmen Fallas Santana
M.Sc. Luis Enrique Gamboa Umaña
Dr. Roberto Marín Guzmán

Universidad de Costa Rica
Escuela de Estudios Generales
Sección de Historia de la Cultura

Historia e incertidumbre

Víctor Hugo Acuña Ortega



22

Serie Cuadernos de Historia de la Cultura

EDITORIAL UCR

972.860.52
A184h Acuña Ortega, Víctor Hugo, 1949-
Historia e incertidumbre / Víctor Hugo Acuña Ortega. – 1 ed., 1a reimpr. – San José, C.R. : Edit. UCR, 2011.
xiv, 102 p. – (Cuadernos de historia de la cultura ; 22)

ISBN 978-9968–936–59-0

1. COSTA RICA – HISTORIA – SIGLO XX. 2. COSTA RICA – HISTORIA – SIGLO XXI. 3. SOCIOLOGÍA HISTÓRICA. 4. EVOLUCIÓN SOCIAL. I. Título. II. Serie.

CIP/2197
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica
Primera edición: 2007
Primera reimpresión: 2011

Diseño de portada: *Elisa Giacomin V.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

CONTENIDO

Presentación ix

HISTORIA E INCERTIDUMBRE
Introducción 1

I. Estudiar historia..... 3

II. Sudando con Clío 17

III. Los desafíos de la historia en Centroamérica..... 25

IV. Historia y ciudadanía 39

V. Historia e incertidumbre..... 55

VI. Memoria, olvido, impunidad y secularización política ... 67

VII. Retos y perspectivas del nuevo milenio 75

VIII. El lugar de la identidad y la identidad en su lugar 81

IX. Elogio del inmigrante 91

Bibliografía 101

Acerca del autor 103

PRESENTACIÓN

El 24 de abril del 2002 –día en el cual se conmemora una fecha gloriosa en la historia de la Universidad de Costa Rica– la Sección de Historia de la Cultura acordó elaborar una serie editorial en coordinación con el Sistema Editorial de Difusión Científica de la Investigación (SIEDIN). Dicha serie recibió el nombre de **Cuadernos de Historia de la Cultura** y se concibió como un proyecto que se nutriría con el aporte de las investigaciones realizadas por los profesores de la Sección de Historia de la Cultura para fortalecer el quehacer docente.

La primera edición de esta serie constó de seis textos que se refieren a temáticas básicas del programa de Historia de la Cultura: nacionalismo, islamismo, tratados de libre comercio, migraciones forzosas de africanos, política latinoamericana. Todos los temas son acompañados de una amplia bibliografía que puede conducir a los estudiantes y profesores a profundizar en los aspectos tratados.

La Sección de Historia de la Cultura de la Escuela de Estudios Generales propone –siguiendo a Arnold Toynbee– que *"nuestro principal objetivo debe ser conocernos mejor, y este es el primer paso para ganar la confianza y el afecto de los unos para con los otros. Por otra parte, no podemos pretender conocer a un ser humano solo por lo que vemos de él en un momento determinado;*

lo importante es saber cómo ha llegado a ser lo que es. Y lo que sucede con los individuos, ocurre también con las naciones, civilizaciones y religiones, y para comprenderlas en su más íntimo significado, debemos compenetrarnos de su pasado histórico al igual que de su presente." Este afán de conocernos y de conocer a los otros, a los que consideramos diferentes, alimenta los escritos de esta serie. Por ello, se invita a los lectores a un encuentro (o reencuentro) con los otros y con ello se procura hacer realidad un ideal humanístico: adquirir una visión universal que supere los aislacionismos aldeanos.

Uno de los principales objetivos de la Historia es el cuestionamiento de los mitos. Por ello, se pretende reconstruir el pasado, sobre todo aquel que interroga y que sacude prejuicios. Se busca que las experiencias del pasado, como insiste Witold Kula, adviertan *"lo que no hay que hacer y no lo que debe hacerse. Casi siempre permiten prever las dificultades, en lugar de ofrecer los medios preventivos. ¿Esto es poco?, siempre es mejor que nada. Y sin la historia, la sociedad humana nada sabría de sí misma."* Entonces, pasado y presente se acercan y reducen las distancias entre los seres humanos y entre las regiones geográficas. ¿Puede decirse que se está lejos de África, del Medio Oriente o del Lejano Oriente? Podría ser. Pero también está al lado, y, en muchas ocasiones en la misma sangre, en el inobjetable mestizaje genético según los recientes estudios de historiadores, antropólogos y biólogos.

Finalmente, un agradecimiento a los otros integrantes del Consejo Editorial de la serie: Dra. Carmen María Fallas Santana, Dr. Roberto Marín Guzmán y M.Sc. David Díaz Arias. La tarea de lectura y crítica de documentos fue ardua y se procuró que las críticas sirviesen para mejorar los textos. Además, se quiere expresar un agradecimiento a la Dra. Annie Hayling Fonseca, directora de la Escuela de Estudios Generales, por su apoyo al proyecto. Del mismo modo, se reconoce la contribución de todos los personeros del SIEDIN por su profesionalismo y compromiso en la tarea de iniciar este proyecto. No se puede

dejar de reconocer el entusiasmo de los profesores de la Sección de Historia de la Cultura, quienes asumieron el reto de sistematizar sus investigaciones y someterlas al proceso de aprobación del Consejo Editorial.

Se integran ahora a esta Serie nuevos títulos, a los que seguirán otros, como una contribución al proyecto humanístico asumido por la Universidad de Costa Rica y cuyo inicio se encarga a la Escuela de Estudios Generales.

Máster Luis Enrique Gamboa Umaña
Coordinador de la Comisión Editorial
y de la Sección de Historia de la Cultura (2001-2002)
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, 11 de diciembre del 2003

Cuesta este oficio
que nadie entiende,
que tanto cuesta
y no es que sea mucho
lo que se arriesga,
es que es incierto
lo que se acierta.

Y todo eso pesa
como evidencia de tantas muertes
que nos acechan
y nos revierten en este sueño
la fe fraterna.

Osvaldo Sauma
Cantado por Manuel Monestel
y su grupo Cantoamérica.

INTRODUCCIÓN

En este libro se reúnen nueve escritos cortos elaborados en los últimos quince años. En su mayoría, se presentaron en forma oral en conferencias o mesas redondas y respondieron a la invitación o interpelación de alguna persona, colega o amiga; es por ello que guardan un poco el aura de las tareas realizadas por encargo. Cinco de estos trabajos nunca fueron editados.

La historia, como forma de conocimiento y como experiencia humana por excelencia, constituye la preocupación central de este opúsculo; el cual pretende ser tanto una invitación a acercarse al conocimiento histórico, como una descripción de sus límites y posibilidades. La obra expone, además, el parecer del autor frente a preocupaciones de nuestro tiempo tales como el tema de la memoria, la cuestión de las identidades y el problema del poder. En fin, recoge sus inquietudes y aspiraciones frente a la crisis y al paso incierto de Costa Rica en este tránsito del siglo XX al siglo XXI.

En estos ensayos se reafirma el valor persistente y urgente, pero escarmentado por las tragedias del siglo XX, del humanismo, la ciencia y la razón, como recursos para enfrentar las nuevas formas globales de sujeción y alienación de los seres humanos. Finalmente, estos textos manifiestan la aceptación agónica del principio de incertidumbre, en la historia como acción humana y en la historia como saber.

Para terminar, quisiera dar las gracias a las personas que me invitaron a las actividades en las cuales estos trabajos fueron expuestos; a mis estudiantes del Posgrado Centroamericano en Historia de la Universidad de Costa Rica, con quienes he compartido muchas de estas reflexiones; y, en especial, al colega David Díaz, por haberme propuesto la preparación y publicación de esta pequeña obra. Agradezco, por último, a mi compañera Ixel Quesada su lectura amigable y crítica de estos textos.

Tres Ríos, marzo del 2005.

I
ESTUDIAR HISTORIA

Esta conferencia fue pronunciada en la ceremonia de apertura de la Carrera de Historia en La Universidad de El Salvador en San Salvador, en enero del 2002. Se publica por primera vez.

Mis colegas de la Carrera de Historia de la Universidad de El Salvador me han invitado a dirigir unas palabras en la ceremonia de inauguración de su carrera y me han propuesto que realice una reflexión sobre lo que es esta disciplina, que promisoriamente inicia su vida como un componente más del conjunto de saberes impartidos en esta universidad. Yo he decidido titular estas reflexiones "estudiar historia", porque ese es el camino que ahora ustedes comienzan y quizás esa será su profesión el resto de sus vidas.

Supongo que todos ustedes tienen una noción de lo que es este tipo de conocimiento y ha sido sobre la base de esa idea que han tomado la decisión de seguir la Carrera de Historia. Tienen varios años por delante para hacer el cotejo entre lo que hoy imaginan y mañana encontrarán. Entretanto, espero que uno de los fundamentos de su escogencia haya sido una cierta curiosidad y, aún más, una cierta pasión.

Es posible que ustedes experimenten alguna fascinación por el pasado. Quizás, les guste imaginarse como era vivir en otros tiempos y talvez sientan atracción por un personaje o un evento de una época pretérita. Probablemente, tengan una inclinación especial por los papeles viejos, las fotografías antiguas, los discos de acetato o los objetos que terminan en las tiendas de los anticuarios o en los llamados mercados de pulgas. Quizás, se dejan

transportar cuando escuchan a una persona mayor repasando sus recuerdos o contando alguna anécdota jocosa, curiosa o triste. Pero, podría ser que algunos no padezcan de ese tipo de embrujos y talvez solo hayan decidido acercarse a la historia porque tienen determinadas dudas e interrogantes sobre el pasado y, probablemente, sobre el presente: ¿Por qué hemos llegado a ser lo que somos? ¿Por qué no somos algo distinto y mejor, en ciertos aspectos que nos duelen y nos disgustan?

Es muy posible que no sean los únicos en experimentar tales atracciones o en formularse ese tipo de preguntas. Hay muchas personas que se dedican a coleccionar antigüedades, a construir árboles genealógicos, a compilar álbumes con recortes de periódicos o, incluso, a devorar libros de historia en sus ratos de ocio. De igual manera, cualquier ciudadano, medianamente atento a los problemas de su tiempo, puede hacerse preguntas similares y puede, en algún grado, interesarse por las relaciones entre el pasado y el presente. También es factible que disponga de ciertas respuestas para sus preguntas personales: unas, de puro sentido común; otras, reflejo de la memoria de su colectividad o de su grupo social; y, algunas más, expresión de desconocimiento o manifestación de meros prejuicios. No olvidemos que los estereotipos sociales, raciales, étnicos o culturales se fundan en un mecanismo de naturalización de una identidad; proceso en el cual se recurre a ciertas visiones erradas del pasado, un pasado que no tiene fin ni principio: "desde siempre ellos han sido de esa horrible manera", solemos decir.

Vienen, por tanto –a diferencia de quienes se interesan en el pasado de manera diletante o casual y que lo miran con los ojos de las mentalidades, ideologías, intereses y valores propios de toda vida en sociedad– a adquirir las competencias que les permitirán convertir sus inclinaciones y sus interrogaciones actuales en el quehacer principal de sus vidas, el cual desempeñarán de manera profesional, es decir, mediante la aplicación de los instrumentos y procedimientos propios de esta disciplina, llamada la historia. Dicha formación los capacitará, en principio, para ver el pasado de manera diferente, en otras palabras, más crítica.

Posiblemente, tendrán que aprender a moderar su fascinación por esas cosas viejas, con el fin de descubrir que su importancia no radica en que sean raras, exóticas o hasta hermosas, sino, principalmente, en que son rastros de la experiencia humana de otros tiempos. Así, en lugar de adorarlas, su tarea debe consistir en valorar, analizar y poner a hablar esas huellas para obligarlas a revelar esa experiencia humana de la cual son mudas portadoras. En suma, las mirarán no solo como despojos del pasado, sino como emisarias de la gente de otros tiempos.

Vienen, también, a aprender a desarrollar una mirada sobre la historia, distinta de la de aquellos que la toman como curiosidad y pasatiempo y opuesta a la visión de quienes se sirven de ella como instrumento de lucha en la vida social. Por consiguiente, deberán adoptar una perspectiva racional sobre el pasado y tratarán de conocerlo, solamente hasta donde sus vestigios lo autoricen. El saber que van a aprender a construir no es absoluto y definitivo, sino apenas precario y siempre incompleto.

En suma, vienen a aprender como estudiar el pasado de manera metódica, sistemática y rigurosa en el marco de un esfuerzo colectivo e institucionalizado, es decir, de un quehacer universitario. En consecuencia, al final del recorrido que hoy inician serán especialistas o profesionales de esta disciplina y podrán producir conocimientos de manera competente. Esto es lo que la sociedad espera de ustedes; aunque los resultados de sus investigaciones, en distintas ocasiones, no serán del agrado de algunos. En este sentido, vienen a aprender una disciplina que los convertirá en los principales mediadores autorizados y capacitados entre la sociedad actual y el pasado.

Vienen a adquirir las habilidades y los procedimientos de una disciplina que forma parte de las llamadas ciencias sociales o ciencias humanas, pero que presenta la particularidad de ser la de mayor tradición. En efecto, el tipo de experiencia universitaria que van a vivir se practica desde 1825 en Alemania y tuvo en Leopold von Ranke su primer gran cultor. La historia, como actividad académica, tiene entonces ya casi dos siglos, a diferencia de sus

vecinas de las ciencias sociales que solo iniciaron ese desarrollo a fines del siglo XIX.

También vienen a estudiar una disciplina que sufrió profundas transformaciones en el siglo XX, sobre todo, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, transformaciones cuyo eco empezó a resonar en Centroamérica hace ya unas tres décadas. Aún más, vienen a estudiar un saber que a fines del siglo XX vivió una aparente crisis, cuando fue sometido a una serie de cuestionamientos por parte de los llamados posmodernos, quienes pusieron en entredicho su capacidad para construir un conocimiento cierto de la realidad del pasado. En fin, vienen a aprender una disciplina que parece mantenerse muy saludable en los principales centros académicos a nivel mundial y que no deja de internacionalizarse y de hacerse cada día más especializada.

La disciplina que vienen a estudiar es un fiel reflejo de la manera según la cual el mundo está estructurado a nivel global, pues sus polos dinámicos se encuentran en Europa y Estados Unidos. Como podrán constatar, los protagonistas principales de su evolución y de sus revoluciones han sido historiadores franceses, británicos, alemanes y estadounidense, y ellos han sido ellos quienes han articulado sus principales agendas, debates y orientaciones. Si bien es cierto, la producción de conocimiento histórico refleja las desigualdades del planeta, no es menos cierto que muestra un rico abanico de campos y especializaciones. Podrán descubrir que este panorama es complejo y diverso, en buena medida, por el diálogo y el cotejo que ha mantenido la historia con las otras ciencias sociales a lo largo del siglo XX. Como verán, el conocimiento histórico hoy abraza todas las épocas de la experiencia humana y abarca todos los lugares del planeta. En fin, comprobarán que los niveles de nuestros conocimientos son disímiles según las distintas partes del mundo, en concordancia con la disparidad ya señalada.

Sin embargo, no piensen que van a estar solos en el estudio de la historia latinoamericana, centroamericana o la de su propio país. Las investigaciones históricas sobre América Latina han

progresado, notablemente, en el último medio siglo y la región no ha permanecido totalmente al margen de los cambios internacionales ya indicados. Esto también es cierto para la América Central, descubierta por jóvenes historiadores extranjeros en los años de guerra y revolución de fines del siglo XX. Van a encontrar la buena compañía de algunos estadounidenses, europeos, mexicanos y otros centroamericanos quienes han contribuido a mejorar el conocimiento del pasado de nuestro istmo en los últimos veinte años.

Además, ustedes no son hijos de las piedras, pues van a encontrar a algunos predecesores que en condiciones más bien adversas, desde fines del siglo XIX, han intentado reconstruir el pasado de su país y el de la región, de la cual forma parte. Ellos fueron quienes primero ensayaron las herramientas de este oficio y los que dieron sus primeros productos, en forma de colecciones de documentos, monografías y obras de síntesis de la historia nacional y del istmo. Y, sin embargo, gozan del inmenso privilegio de tener la posibilidad de ser pioneros e inventores, porque vienen a estudiar una historia que está aún por escribirse. No les van a faltar temas para sus trabajos universitarios y para su investigación de tesis. La historia de Centroamérica sigue aún virgen y habría que reconocer que, aún más, la historia de El Salvador.

La historia es una disciplina erudita, lo cual quiere decir que el historiador tiene que leer mucho y tiene que ser paciente en sus lecturas. Algunos piensan, según una imagen ya envejecida de nuestro quehacer, que el historiador debe ser una persona que tenga buena memoria y sobre todo una especial afición por el acontecimiento, la anécdota, el nombre y la fecha. Esto es inexacto, pues tales informaciones son apenas la materia prima de la historia; pero lo cierto es que el historiador debe ser un lector infatigable y una persona capaz de situar sus datos en la cadena del tiempo.

Más importante es el hecho de que el historiador debe tener una gran curiosidad intelectual y un cierto gusto por las grandes creaciones del ser humano, como las artes, la música y la literatura; lo

mismo que una cierta empatía por materias humanas más pedestres. De igual manera, debe conocer algunos conceptos, métodos y técnicas de las otras ciencias sociales. Además, debe poseer nociones básicas sobre la historia del pensamiento filosófico, económico y social; de modo que algunos nombres y apellidos no tendrían que serle extraños, así como que ciertas obras tendrían que ser una lectura obligada en algún momento de su trayectoria profesional. No piensen que quiero asustarlos o que formulo un ideal inalcanzable. No se puede negar que abundan en este oficio profesionales muy eruditos, pero muy cortos de miras. Sin embargo, quienes dan la pauta en nuestro campo son personas que se distinguen por su vasta cultura y su inagotable curiosidad.

La disciplina en la cual hoy se inician requiere todo lo anterior como condición o complemento, pero su tarea peculiar es el estudio de lo que llamamos las fuentes, en específico, las fuentes primarias: los papeles antiguos, los periódicos viejos, los libros empolvados, las fotografías amarillentas, las colecciones de cifras y estadísticas y los documentos escritos en general. Pero, asimismo, encontrarán personas canosas y otras aún jóvenes a las que podrán preguntarles sobre experiencias pasadas, de las cuales fueron testigos o protagonistas.

Para el historiador este es el quehacer esencial. Aquel que prefiera las grandes interpretaciones a partir de unas cuantas informaciones es muy probable que en este oficio no se sienta cómodo. Ese que necesite la adrenalina del trabajo urgente, la del periodista, por ejemplo; quizás, aquí no se encuentre a sus anchas. En efecto, el trabajo del historiador con sus fuentes es una prueba de sus niveles de paciencia y de su grado de tolerancia al tedio y al aburrimiento. No se crea que nuestra labor no sea apasionante, por el contrario, somos, como todas las personas dedicadas a la investigación, descubridores y exploradores; solamente que, como ocurre también a esos colegas, no es a cada instante que encontramos el documento esclarecedor o la idea genial. Es importante insistir en que el historiador se hace, esencialmente, en los archivos y en las bibliotecas pues es allí en donde aprende a encontrar

la materia prima con la que construye el conocimiento y es allí en donde determina cuánta pasión siente por el oficio.

No obstante, ir a los archivos para recopilar materiales, es apenas una parte de nuestro trabajo, porque nuestro propósito es convertir esos documentos polvorientos en voces, luces y formas de las vidas de personas de un momento anterior. En efecto, nuestra tarea no consiste, meramente, en coleccionar materiales de otros tiempos, sino que nuestro problema es reconstruir el pasado por medio de esos indicios, de esos vestigios que accidental o arbitrariamente han llegado al presente.

Por eso, quizás debimos haber dicho, desde el principio, que antes de ir a los archivos y a las bibliotecas o antes de salir a hacer entrevistas, debemos preguntarnos qué queremos saber de esas vidas y por qué creemos que tales preguntas son importantes; no solo para nosotros, sino para otras personas; por ejemplo, nuestra comunidad profesional, nuestra comunidad ciudadana o el grupo al cual pertenecieron esas personas cuyo experiencia pretérita pretendemos investigar. Desde el principio, debemos estar atentos a la reiterada advertencia de los historiadores más distinguidos del siglo XX: "quien no sabe lo que busca, no sabe lo que encuentra."

En conclusión, al salir a buscar documentos en las cabezas de las personas o en los estantes de los archivos -poco importa- tenemos que ir con algunas preguntas precisas. Tal vez se demanden de dónde sacar tales preguntas; la respuesta es que ellas surgen del conocimiento previamente existente, es decir, de afirmaciones o de silencios de otros historiadores, de teorías o conceptos de las otras ciencias sociales, de temas ventilados en los debates de la actualidad, de problemas urgentes en el presente, del estímulo de nuestros recuerdos, en fin, de una duda o de un interés nacido del contacto con una obra literaria, pictórica o cinematográfica. De todas maneras, ahí estarán los profesores y los investigadores de mayor experiencia para ayudarnos a encontrar el camino hacia la pregunta pertinente.

Verán, ya lo dijimos, que en nuestra disciplina nos servimos de los instrumentos conceptuales de las ciencias sociales y no

somos ajenos a los debates ideológicos de nuestro tiempo. No obstante, deberán atenerse a la regla establecida por los historiadores, según la cual, los conceptos y las teorías son meras hipótesis de trabajo; de este modo, nuestra tarea no puede ser sostener una tesis considerada de antemano la cierta y la justa. Por más comprometidos que estemos con los problemas de nuestro tiempo y por más urgidos que, como ciudadanos y como seres humanos, nos sintamos con los padecimientos de nuestros congéneres, nuestro deber es con nuestros datos, es decir, con esos indicios que dejaron los seres humanos del pasado y a quienes hemos decidido tratar de conocer. Si los datos nos contradicen, debemos actuar en consecuencia; si apenas brindan una luz provisoria, debemos aceptarlo con humildad, con la esperanza de que otros luego vendrán a arrojar un poco más de comprensión allí donde acabó nuestra búsqueda. Ustedes siempre tendrán la obligación, con su propia conciencia y con sus lectores, de argumentar únicamente con base en sus pruebas, deberán advertir cuando solo conjeturan y reconocer el instante en el cual se impone el silencio.

Vienen a estudiar una disciplina que comunica sus resultados de investigación por medio del lenguaje natural, a pesar de servirse de algunas categorías definidas rigurosamente por otros saberes o afinadas progresivamente por generaciones anteriores de historiadores. Esto significa que la historia es también escritura y la escritura de la historia exige tanto claridad, como elegancia; precisemos, preferiblemente, sobria elegancia. Por tanto, a lo largo de la carrera deberán desarrollar sus habilidades en el campo de la comunicación escrita. De todas las ciencias sociales, la historia es la disciplina que suscita, con frecuencia, un mayor interés entre el gran público; lo cual impone desafíos a nuestras destrezas de comunicación. Como en los sistemas educativos la enseñanza de la historia es casi siempre obligatoria, debemos, también, tener consideración con escolares, colegiales y estudiantes universitarios a quienes se les impone leer nuestros materiales. En suma, quien se mete a historiador debe aprender a redactar correctamente.

Nuestro trabajo consiste en lidiar continuamente con las palabras. Estamos obligados a descifrar el significado de las palabras de otros tiempos, porque, principalmente, por medio de ellas tenemos acceso a la vida de las personas del pasado. Sin embargo, verán que los historiadores seguimos siendo un poco ingenuos en esta materia del tratamiento de las palabras, a pesar de los avances de las disciplinas del sentido. Inclusive, se percatarán que estas disciplinas no podrían satisfacer plenamente nuestras necesidades. Al final, descubrirán que el historiador, con la ayuda de la semiología o sin ella, debe leer sus documentos, despacio y entre líneas. Quien se mete en este oficio debe aprender a leer maliciosamente.

Vienen a estudiar la historia del ser humano, pero es muy probable que con mayor énfasis, la de sus conciudadanos y la de los otros centroamericanos. Van a descubrir que para comprender esa historia deberán desarrollar la capacidad de ponerla en relación con el pasado de otras partes del planeta, en particular, el del llamado mundo occidental y con el de los otros países latinoamericanos. Comprenderán mejor su propio país si lo comparan con los otros países centroamericanos y deberán ocuparse de la historia de los Estados Unidos para poder interpretar la nuestra. Quizás, tengan la suerte de superar la visión eurocéntrica de nuestra trayectoria histórica y acercarse a la historia de Asia y África.

Verán que no se trata simplemente de tener una cultura general o una formación básica en el campo de la historia de la humanidad, sino que precisamente la forma más profunda de entender la experiencia histórica latinoamericana y centroamericana es mediante su puesta en contexto, en el marco de la historia del mundo. Comprobarán, reiteramos, cuan útil es cotejar su país con alguno de los otros países centroamericanos. También podrán constatar que este tipo de ejercicio es poco usual y los centroamericanos seguimos ignorando la historia de nuestros vecinos, lo cual nos impide tanto especificar nuestras diferencias, como identificar una gran diversidad de elementos comunes.

Van a descubrir que una buena manera de aprender las reglas de la disciplina es observar cómo las aplican sus grandes maestros. Por esta razón es necesario interesarse en la historia de otras partes del planeta y de otras épocas. Ella ha sido analizada por esos grandes maestros y nosotros tenemos la posibilidad de ver tanto los resultados de su trabajo como la forma en que han trabajado.

Se van a ver obligados a dialogar con las otras ciencias sociales; deberán aprender a usar creativamente sus conceptos y a estar al tanto de los debates teóricos dentro de la comunidad de los historiadores. En cualquier circunstancia, será indispensable mostrarse cuidadosos con los llamados marcos teóricos, ya que en nuestro medio, algunas veces, son solo un adorno inútil o una camisa de fuerza. Los métodos cuantitativos forman parte en la actualidad del instrumental de los historiadores y, en consecuencia, se debe conocerlos, no necesariamente para convertirse en expertos , pero sí, al meros para ser usuarios inteligentes y prácticos. En suma, los historiadores estamos condenados a saber un poco de todo. Pero de todas maneras, allí están los colegas de las otras ciencias sociales y de las otras disciplinas, en general, con los cuales podemos establecer relaciones provechosas de cooperación. En este sentido, espero tengan la posibilidad de llevar cursos de otras carreras.

Deberán establecer buenas relaciones con archivistas y bibliotecarios y a menudo deberán colaborar con ellos o hacer las veces de ellos. Como es bien sabido, salvo excepciones, el estado de los archivos y bibliotecas de nuestros países es muy precario. Esa circunstancia, indudablemente, les va a hacer más difícil su trabajo como investigadores. Así, inevitablemente, tendrán que convertirse en buscadores y protectores de fuentes primarias y deberán hacer una labor de sensibilización ante las autoridades competentes, con el fin de que el patrimonio documental de El Salvador sea rescatado y preservado.

En el aula, deberán aprender a debatir y a discutir en torno a las lecturas y a las exposiciones de sus compañeros y profesores.

Esto constituye un salto o una especie de revolución en una disciplina cuya enseñanza se ha concebido desde siempre en términos puramente memorísticos. Al mismo tiempo representa un desafío pues tenemos tendencia, especialmente dentro de nuestro medio, a solicitar, con garantía, verdades establecidas. No obstante, será necesario hacer este esfuerzo; en nuestra disciplina, tal y como hoy se concibe, es quizás más importante saber preguntar que saber contestar. En última instancia, su formación debe caracterizarse no tanto por su nivel de erudición, como por su capacidad de reflexión.

Tienen la suerte de vivir en una época en la cual las fuentes de información se han multiplicado y las modalidades de acceder a ellas se han simplificado. También viven en un tiempo en el cual las viejas controversias ideológicas han perdido eficacia y atractivo. Esta situación ofrece un potencial liberador para el conocimiento histórico y social, ya que abre la posibilidad de debatir más sobre realidades y menos sobre dogmas. Sin embargo, en nuestros días, una cierta definición dominante del sentido común y una cierta frivolidad y superficialidad se han vuelto la norma en muchas esferas de la vida social y política, sobre todo, en el mundo de la comunicación. De esta manera, conviene convertir la multiplicación de la información en un recurso para desarrollar el pensar autónomo, libre, secular y racional. Posiblemente, en la formación del historiador es más útil la duda que la creencia.

En fin, ustedes van a ser docentes y una buena parte de su tiempo se irá en esta actividad. Su desafío consistirá en mostrar a sus alumnos la utilidad y la importancia del estudio de la historia. Para ello, tendrán que buscar nuevos caminos para la enseñanza de esta disciplina que trasciendan la forma tediosa tradicional. Tal vez puedan enseñar la historia, como supongo la aprenderán en la universidad, de manera crítica, activa y creativa. Enfrentarán el desafío de incitar a sus alumnos a encontrar formas alternativas de valorar el conocimiento histórico, diferentes del significado tradicional que le asigna la llamada historia patria. Quizás, sus

estudiantes logren descubrir que el estudio de la historia nos vuelve más tolerantes frente a la diferencia, más universales y más humanistas en nuestras aspiraciones, y que la historia es una buena escuela para la filantropía.

Tal vez, al lado de sus discípulos, puedan aprovechar continuamente la posibilidad que este saber brinda para cultivar la independencia de criterio, la capacidad de resistencia frente a las ideas dominantes y una actitud de apertura hacia el cambio y hacia la renovación en la vida social. Independientemente del valor de estudiar el pasado, pueden contribuir a una mejor formación de sus estudiantes, si les ayudan a asumir el reto de pensar por sí mismos, sin temor a equivocarse y, sobre todo, sin miedo de desafiar a quienes son, supuestamente, los portadores del saber verdadero. Para ello, tendrán que aprender la disciplina del buen pensar, la cual tiene como primer requisito el ser crítico con las propias ideas.

Espero que a lo largo de esta experiencia de formación encuentren sus propias formas de ver y de decir que esta disciplina es el medio más confiable mediante el cual el presente dialoga con el pasado y uno de los recursos por medio de los cuales el presente se libera del peso del pasado y abre caminos y descubre pasajes posibles hacia el futuro. Sin embargo, su tarea no radica, en absoluto, en jugar de profetas, sino en ser consecuentes con su labor crítica en el estudio del pasado. No es contradictorio ser consistente con los principios de nuestra disciplina y ser un ciudadano comprometido con nuestro tiempo. Pero es ilusorio creer que estar del lado de la justicia es la garantía de estar en el camino de la verdad. El siglo XX nos ha enseñado bastante cuán catastrófico es falsificar los hechos o confundir los deseos con la realidad, en nombre de ineluctables leyes de la historia.

Quisiera terminar manifestando mi respeto por ustedes, por su decisión de estudiar historia, porque es bien sabido, y sobre todo en nuestros países, que si alguien quiere asegurarse un hermoso porvenir, de seguro, no será con esta disciplina, a pesar de que se suele decir que es muy, pero muy, importante para el

futuro de toda la colectividad. El porvenir siempre es incierto, pero para quienes pretenden vivir de este oficio bastante más. ¡Buena suerte!

II
SUDANDO CON CLÍO

Este ensayo fue escrito en agosto de 1991 y modificado en marzo de 1993. Solamente ha circulado, junto con un texto del historiador Iván Molina, en forma de un folleto fotocopiado dirigido a los estudiantes que preparaban su tesis de Licenciatura en Historia de la Universidad de Costa Rica.

Entre angustia y fantasía, entre ilusión e ignorancia, en un mar en que tinieblas e incandescencias se mezclan en caos permanente, se inicia todo proceso de búsqueda metódica y racional de respuesta a una pregunta sobre el orden de lo real.

Las reflexiones que siguen van para quienes comienzan el proceso de preparación de una investigación histórica, con vistas a la presentación de una tesis. Solo buscan suscitar pasión por el proceso de investigación, paciencia en la preparación de los resultados, y humildad y distanciamiento respecto de lo descubierto. Lo que le espera a todo investigador científico no es más que construir precarias certezas entre paréntesis de incertidumbres.

EL JUEGO DE PIRANDELLO

Siempre hay personajes en búsqueda de un autor. En principio la temática de la investigación histórica es ilimitada, en especial, si pensamos en su estado de desarrollo en un área del mundo como América Central. Así, el problema no es encontrar un tema, sino más bien descubrir el tema. Encontrar el tema significa que el asunto nos debe atrapar, y no a la inversa. Digan lo que digan las

metodologías ingenuas, la red en la cual caemos prisioneros está tejida de consciente e inconsciente, de valor e interés, de pasado y presente, de razón y sentimiento. Ciertamente, el escogimiento de un tema de investigación depende mucho de la formación recibida y del estado actual del conocimiento histórico en el campo en que pretendemos trabajar; pero, innegablemente, también depende de preferencias más o menos biográficas.

Así, en la selección de un tema debemos evaluar dos órdenes de factores: en primer lugar, lo que se puede hacer y, en segundo lugar, lo que podemos hacer. El primer aspecto plantea el problema de la disponibilidad de las fuentes y de la relevancia de la investigación, dado el estado actual de la disciplina. El segundo se refiere a nuestras capacidades y también a nuestros deseos. Si no poseemos determinado entrenamiento conceptual, metodológico y técnico, o si carecemos de determinada cultura teórica o historiográfica, es mejor no abordar ciertos temas, a menos de disponer del tiempo y de la constancia exigidos en toda experiencia de iniciación. Mencionamos, además, los deseos, puesto que, si no tenemos algún nivel visceral de compromiso con el tema, más vale dejarlo.

El reverso de la medalla o, quizás, el paso siguiente es la crítica de las primeras motivaciones. Esto significa que debemos saber ser inmunes a las modas historiográficas, a las bogas intelectuales y a las cambiantes coyunturas ideológicas. En tal sentido, nadar contra corriente puede ser sensato en ciertas condiciones y puede ser saludable para las mentes imaginativas. Además, la investigación histórica -aunque recurrentemente lo ha sido- no puede ser mero ajuste de cuentas personales con el pasado, hagiografía familiar, clánica, étnica o de clase, ni repositorio fantasmal del inconsciente. No es en un archivo o en una biblioteca donde vamos a ir a resolver asuntos más propios del diván del psicoanalista.

No obstante, el fetichismo más frecuente que padecemos en los estudios históricos es el del medio respecto del fin. Con esto queremos decir que, con insistencia, los historiadores se enredan en voluptuosas relaciones con sus fuentes: el medio se convierte en

fin. Tal desviación es proverbial en el llamado historiador tradicional quien colecta y atesora documentos en movimiento perpetuo para, a menudo, ocultarlos y protegerlos de cualquier mirada indiscreta. En este caso, la fuente adquiere un poder diabólico porque ni el investigador llega a ser autor, ni el tema llega a ser obra.

En nuestros días, con el desarrollo de la historia cuantitativa y la difusión de la computación, ha surgido una nueva variante de este fetichismo: la del procedimiento. Ahora, lo relevante no es lo que se tiene, sino más bien lo que se hace con ello. Definitivamente, el procedimiento no debería determinarnos el tema. Sin embargo, los esfuerzos para precisar y aclarar la investigación recibirían mejor premio con su numérico apoyo.

En suma, si no es posible no hay tema; si no está vigente no es un tema; si no nos apasiona no es el tema; y si no resiste la crítica de las motivaciones implícitas, aún no ha nacido el tema. Tal vez, no debería ser necesario recordar que si los personajes andan en busca de autor es para que los devuelva a la vida, aunque al final los tenga que matar.

LAS CAVAS DEL BUEN VINO

Así como el vino, la investigación histórica necesita tiempo. No nos referimos a que el trabajo con fuentes primarias siempre es tedioso y muy lento, sino a la espesura o profundidad temporal de los fenómenos históricos. En verdad, el campo por excelencia del historiador es el de los procesos cuya incubación y desenlace requieren un cierto tiempo transcurrido. Las perspectivas de décadas, cuartos de siglo, medio siglo o siglos son los panoramas en los que mejor se recrea la mirada del historiador. La cuestión, empero, no es un problema de mirada sino de maduración. En este sentido, el estudio de los procesos de corta duración, meses, años, lustros interesa al historiador solamente en la medida en que una coyuntura interpreta y articula la lógica y las contradicciones inmanentes de una totalidad histórico-social. Además, la dinámica

interna y los condicionantes externos de un proceso únicamente son discernibles a largo plazo. El grado en que un proceso está contenido en su propia lógica de desarrollo y el grado en que depende de otras, es más fácilmente discernible en un amplio arco temporal. Recordemos que gracias al enfoque de la larga duración fue posible descubrir la llamada pluralidad del tiempo histórico. No es que la historia sea obra de los años pues es más bien obra de los seres humanos, sino que la obra solo se ve con los años.

EL PROFETA Y SU TIERRA

Si hay un profeta que ha sido concebido para su tierra es el historiador. La historia y los historiadores nacieron para inventar la teología secular de los estados y las naciones modernas. El sentido del estado-nación reside en su historia: cuanto más añosa y gloriosa, mejor para esa idolatría de la modernidad.

Aunque sea harto evidente, valga la pena recordar que la nación es un producto de la historia y de los imaginarios colectivos y que, en consecuencia, debe ser considerada críticamente como una unidad de análisis la cual, eventualmente, puede ser reemplazada por otras. Las entidades regionales existen y las identidades que traslapan los recortes estatales también.

A los estudiosos de la historia centroamericana se nos abren dos tipos de desafíos. En primer lugar, debemos determinar si lo que predicamos para la nación no es apenas algo de aplicación para solo una específica región o, por el contrario, si lo que se promociona como nica, tico o chapín es más bien, para decirlo de algún modo, centroamericanoide. Si en relación con la perspectiva temporal debemos aprender a mirar alto, en lo que respecta al ámbito espacial tendríamos que aprender a mirar profundo. Quizás, esto sea menos difícil si renunciamos a ser profetas de tierras imaginarias.

TENTACIÓN, PASIÓN Y VERBO

En el principio era el Verbo. Cuando esto escucha, el historiador piensa en sus fuentes y en la propia definición de su disciplina. Antes de que el Verbo encarnara en escritura no hay historia. Pero el Verbo no es más que el testimonio de la pasión: las palabras nos hablan de hechos y acciones. Los historiadores aguzaron su espíritu inquisitivo ante tal circunstancia e inventaron el así denominado método crítico, el procedimiento que permite espulgar la verdad en los pliegues de los documentos. Así, fue posible encontrar una relación unívoca e inequívoca entre el Verbo y las pasiones.

Esta armoniosa relación se agrió cuando surgió, ofídica, la tentación de la teoría y los conceptos, la manzana pecadora de las llamadas ciencias sociales. Todos sabemos que lo mejor de toda tentación es sucumbir a ella. Si el placer se convierte en pecado y perdición es por culpa nuestra, pues, a pesar de lo que decían nuestros confesores, las tentaciones pueden ser bien administradas. En este caso lo que debe evitarse es convertir la tentación en ilusión: ¿para qué queremos conceptos y teorías? Pues, básicamente, para clasificar, denominar, relacionar y, eventualmente, explicar e interpretar fenómenos y procesos. Los conceptos no son la cosa misma, las teorías no son la explicación misma. Las categorías y las hipótesis son palabras: seductoras por momentos; confusas a veces; y también absurdas. Somos nosotros los historiadores quienes tenemos que saberlo y determinarlo. Es ridículo sucumbir a una tentación que ni depara placer, ni excita, ni en algo alivia. Un buen ejemplo lo tenemos en la trayectoria de casi todas las teorías sociales en América Latina las cuales, a fin de cuentas, poco han ayudado a entender nuestra realidad. A pesar del sesgo empirista, siempre tiene más valor la información bien recolectada que la especulación brillante. Por ahora, invitamos al aprendiz de historiador a preocuparse más por sus datos y menos por sus teorías.

Si quiere persistir con sus preocupaciones teóricas, le recomendamos busque, elabore o invente, no teorías generales, sino categorías de nivel bajo e intermedio: taxonomías, nomenclaturas,

correlaciones sencillas o tendencias plausibles; palabras para ordenar el caos de acciones y actores, palabras para iluminar sus relaciones empíricas, históricas y específicas. Quizás, aunque hoy lo dudamos, la historia tenga sus leyes, sin embargo, eso sí lo sabemos, tanto funciona por sus aplicaciones como por sus violaciones, prescripciones y variantes.

INMENSIDAD Y SOLEDAD

Cuando estamos investigando, y no somos demasiado miopes, pronto descubrimos cuán inmenso es el mundo y cuan ínfimo es el tema. El problema es real, pues tiene que ver con cuestiones de relevancia y contexto, y debemos resolverlo de algún modo. Las respuestas erradas pueden ser dos: el autismo, frecuente en los historiadores, especialmente en el erudito de ascendencia decimonónica, o los delirios de grandeza. En el primer caso, se renuncia al contexto y la soledad de nuestra nimiedad se convierte en grandeza. "En los últimos quince años he estado estudiando el árbol genealógico del grupo de conquistadores que se establecieron en la villa de....", diría alguno. Sobre este punto rompieron muchas lanzas tanto Lucien Febvre como Marc Bloch. La otra respuesta es tratar de probar cómo el tema se vincula al gran teatro del mundo, pues como todo está relacionado con todo, lo nuestro también. Preferible sería buscar contextos pertinentes; para contar una historia de ayer no es preciso remontarse a la época de los dinosaurios y para analizar un proceso solo basta establecer sus determinaciones principales. Todo texto supone un contexto, por lo tanto, nos engañamos cuando somos autistas, pero no hay contexto que no sea limitado o limitable. La anchura del mundo es grande, ya lo sabemos, pero solamente nos importa en la porción que cobija al tamaño de nuestro problema.

EL ÁGUILA Y COMEMAÍZ

En la investigación histórica, ni se puede cazar desde las alturas ni andar dando brinquitos comiendo grano por grano o lombriz por lombriz. Debemos seguir ambas estrategias, pero cada una a su tiempo. Nuestra recomendación básica sería: recoger al inicio información agregada para luego recopilar información desagregada: de la fuente secundaria, a la fuente primaria, del dato censal nacional al dato provincial, cantonal, distrital y finalmente, a la boleta originaria.

La sugerencia es evidente, salvo para el historiador, ser particularmente sensible y trastornable por "el documento nunca visto, la fuente casi inexplorada o el dato jamás publicado", que ignora e irrespeta, con reiterada frecuencia, las más obvias exigencias de puesta en contexto o de vinculación entre información micro y macro.

No hay mayor insensatez que ponernos a recopilar información desagregada, sin previamente haber determinado, si esta no existe en forma un poco más agregada o haber probado que la información agregada disponible no es útil para los objetivos de la investigación. Este principio es igualmente válido cuando comparamos tipos de fuentes entre sí o conjuntos documentales entre ellos.

No debemos olvidar que el proceso de investigación histórica es un proceso racional de asignación de recursos escasos. Como es bien sabido, no hay fantasía más recurrente entre los historiadores que la pretendida gloria de poder jactarse de haber agotado todas las fuentes. Semejante pretensión, además de antieconómica, en términos de una estrategia de investigación, es patéticamente ilusoria y vana pues, felizmente para el saber, siempre es posible la aparición de una nueva fuente. Debajo del fetichismo de la exhaustividad documental yace la humana y mezquina vanidad de decir la última palabra, y no, por supuesto, un criterio epistemológico. Aunque al historiador le resulte duro admitirlo, él también, como el águila y el comemaíz, opera por muestreo, evalúa ámbitos de intervención y entre ellos escoge algunos. Por lo tanto, en primera y última instancia, lo que realmente importa es la inteligencia y la

eficacia con las cuales hacemos el muestreo del corpus documental disponible.

"EL SOL NO DA DE BEBER"

Es, finalmente, un poco triste trabajar tanto, como suele hacerlo la auténtica hormiguita historiadora, como para que no se hunda en delirios sobre la eternidad de los resultados de su investigación: "mi ópera magna, mi obra definitiva, mis datos, mis documentos, mis estadísticas, mis interpretaciones, mi…. trozo de verdad sobre el universo, establecido por mí para que resista la prueba del tiempo, *per secula seculorum*." Quien se inicie en la investigación histórica debe saber que es posible que sufra ese padecimiento, pero, además, debe ser advertido de su engaño. Puede conservar su fantasía hasta su muerte, pero siempre habrá algunos que con placer o compasión, cada vez que puedan, le mostrarán sus errores y equivocaciones. Le enfatizarán que no es un dios, sino un miserable y desvalido Sísifo y que si rehúsa comenzar de nuevo, otros estarán al acecho, ávidos, con la misma ilusoria esperanza con la cual él subió la empinada loma.

No es cierto que no haya nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, no es menos cierto que es pura vanidad pensar que lo nuevo empieza y termina con nosotros. Emprender una investigación científica es participar en la empresa colectiva de dar respuesta provisoria a alguna cuestión considerada relevante ahora o que previamente ha parecido importante. Que sea efectivamente respuesta, depende, de manera exclusiva, de la calidad de la investigación y de la capacidad del investigador. Que sea provisoria es consecuencia inevitable de las limitaciones propias de la mente humana cuando intenta aprehender el universo circundante. Sudamos con Clío buscando la luz, pero la verdad es que "el sol no da de beber".

III
LOS DESAFÍOS DE LA HISTORIA EN CENTROAMÉRICA

Este texto es una conferencia impartida en el Curso Superior de Historia de Centroamérica y Nicaragua, organizado por el Instituto de Historia Nicaragua de la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua, entre los meses de abril y julio de 1993. Fue publicado, por primera vez en la revista ***Reflexiones****, 20, marzo 1994, pp. 3-16 y también en: Margarita Vannini (Ed.)* ***Encuentros con la historia****, Managua: IHN-UCA, 1995, pp. 45-61. Esta versión ha sido abreviada considerablemente pues se eliminaron algunos aspectos del diagnóstico de la historia centroamericana, superados por el paso de más de una década.*

A fines de 1986 el profesor Ralph Lee Woodward, un destacado especialista estadounidense de la historia centroamericana, al hacer un balance de su desarrollo en el cuarto de siglo precedente, descubría importantes progresos. En su opinión, en la producción historiográfica se notaba un avance del profesionalismo y una retirada del subjetivismo, del panegírico o la diatriba. Los progresos eran desiguales puesto que en el balance salían favorecidas la historia colonial y la historia política convencional. Probablemente, su crítica más relevante se refería a la ausencia de estudios sobre el conjunto del istmo y a la preponderancia de los análisis circunscritos a un solo país. En fin, Woodward reconocía que la historiografía de la región era de calidad inferior, en relación con la de otros países de América Latina. En este sentido, esto lo agregamos nosotros, la historia de Centroamérica casi no existía o

apenas era practicada por un puñado de especialistas, en su gran mayoría, no centroamericanos.[1]

Héctor Perez Brignoli, al comentar el citado balance, coincidía en sus principales observaciones, pero agregaba, además, que las obras centroamericanas de historia adolecían de insuficiencias de interpretación y carecían de una perspectiva general comparativa. Peor todavía, según este historiador, predominaba un uso poco imaginativo de esquemas teóricos importados o, para decirlo de una manera menos indirecta, el dogmatismo y el mecanicismo en la aplicación de esquemas de manuales esterilizaban los intentos de interpretación de nuestra historia. Posiblemente, Pérez Brignoli era más severo que Woodward, pues insistía en que la historia centroamericana era poco rigurosa, es decir, no suficientemente profesional, a pesar de los avances encontrados por el académico estadounidense. Es posible que las críticas del colega de Costa Rica aludieran más a los historiadores istmeños, que a los estudiosos extranjeros.[2]

A pesar de notorios progresos observables a inicios de los años 1990, los males diagnosticados, hace menos de una década, aún subsisten. Continúa siendo muy reducido el número de personas que, en el istmo o fuera de él, puedan calzar con derecho y propiedad el apelativo de historiadores de América Central. Al respecto, es fácil censurar a los cultores istmeños de Clío, ya que siguen estando, totalmente, condicionados por la ideología nacional de sus respectivos países. Empero, tal provincialismo es hasta cierto punto comprensible porque no han existido en la región ni las condiciones materiales, ni los marcos institucionales, ni los

1 Ralph Lee Woodward "La historiografía centroamericana moderna desde 1960", Anuario de Estudios Centroamericanos, 13, 1, 1987, pp. 43-65. Este balance remite a una evaluación previa: William Griffith "The historiography of Central America since 1830", *Hispanic American Historical Review*, 40, 4, 1960, pp. 548-569.

2 Héctor Pérez Brignoli "La historiografía centroamericana desde 1960: una bibliografía selectiva", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 13, 1, 1987, pp. 67-70.

recursos financieros para hacer desde un país particular la historia de alguno o algunos de los otros.

La óptica "nacionalista" de la historia centroamericana parece menos justificada en el caso de los especialistas extranjeros, quienes por su misma situación cuentan con la perspectiva, la distancia y los recursos para abordarla con un enfoque regional. Tal debilidad, aparentemente inexplicable, es posible sea el resultado de dos condicionantes: por un lado, el peso objetivo de las particularidades nacionales centroamericanas que tiende a imponerse sobre las percepciones y las agendas potenciales de investigación de los especialistas extranjeros y, por otro lado, debemos reconocer que nuestros conocimientos tienen un nivel tan incipiente que el investigador serio se ve compelido a elaborar trabajos de tipo monográfico. En suma, la historia de Centroamérica como conjunto no acaba de emerger porque, probablemente, aún no existen las condiciones necesarias para su nacimiento.

El sesgo "nacionalista" de nuestra historiografía no solo ha dificultado el desarrollo de estudios de carácter centroamericano propiamente dicho, sino que, además, ha borrado la especificidad y la misma existencia de las diferentes regiones al interior de los distintos países. Tal distorsión ha sido, particularmente, intensa en la historiografía costarricense que ha privilegiado el estudio del Valle Central en detrimento de las otras regiones, integradas en el curso de su historia en el espacio nacional. Nicaragua, posiblemente, redescubrió su Costa Atlántica únicamente después de ciertas condiciones dolorosas; en dicho descubrimiento la contribución de investigadores extranjeros fue particularmente significativa. En sentido estricto, lo que llamamos historia nacional de los respectivos países centroamericanos es una serie de generalizaciones construidas a partir de la historia de la región políticamente dominante.

Determinadas precondiciones que se requieren en todo trabajo de investigación histórica aún están ausentes en el caso centroamericano. Carecemos de geografías actualizadas y de obras básicas de referencia sobre la región, tales como diccionarios

biográficos, enciclopedias, índices bibliográficos actualizados, síntesis modernas de las historias nacionales e incluso historias convencionales de la literatura, el arte y las ideas. Para utilizar un término caído en desuso, el desarrollo de nuestra historiografía es de tipo desigual y combinado, pues lo más moderno coexiste con lo más viejo y superado. Así, el crecimiento ha sido a saltos y por espasmos: un tema o un área no se completa porque el investigador cambia de interés y se traslada a otra temática o especialidad. Este fenómeno se observa en la historia económica que, sin haber alcanzado su madurez, ha sido desplazada por la historia social y cultural.

Probablemente, el reto principal que se le plantea hoy a la historiografía centroamericana es redefinir el sentido de su quehacer. Para los liberales, la respuesta a esta pregunta era bastante clara. En efecto, para ellos la función de la historia era contribuir a legitimar los nacientes estados y a darle un sustento en el pasado a sus delimitaciones y pretensiones de tipo territorial. También la historia debía encargarse de construir o elaborar la identidad nacional de los individuos sometidos al poder de los respectivos entes estatales. En el último cuarto de siglo, los historiadores comprometidos con, o influidos por, los movimientos revolucionarios agregaron al programa liberal de la historia la tarea de rescatar la memoria de las luchas populares y de contribuir a forjar la identidad de esos sujetos, recién descubiertos como protagonistas principales de la liberación nacional y social. Como se puede suponer estos programas "nacional" y "popular" para la historia no fueron inventados en Centroamérica, sino que fueron característicos de la historia europea y latinoamericana.

El problema actual es que en 1989 se cerró el ciclo de revoluciones, iniciado en Francia en 1789, y también la era de las certezas construidas sobre distintas utopías del progreso. En nuestros días, ya no resulta tan fácil movilizar las conciencias con la ayuda de la historia para defender la patria o para luchar por el futuro promisorio de las clases oprimidas. En suma, la función ética y política de la historia ya no resulta tan evidente en nuestro

tiempo. Al respecto, tal vez haya un desfase entre Costa Rica y los otros países centroamericanos en donde el problema nacional aún no acaba de resolverse y los fuegos de las luchas revolucionarias apenas comienzan a apagarse. Sin embargo, tales restos de fervor no parecen tener mucho futuro en nuestro mundo tan lleno de miseria y desencanto.

Es posible que algunos se refugien en la historia para evocar otros tiempos, cuando la certidumbre era moneda corriente y para fugarse de las horas inciertas que hoy vivimos. Asimismo, la referencia al pasado puede ponerse al servicio de proyectos reaccionarios u oscurantistas como los que subyacen en el resurgimiento del nacionalismo y la xenofobia en Europa. Otra alternativa es la simple y llana negación de la historia que encontramos, por ejemplo, entre los neoliberales que reniegan o satanizan la historia de los últimos sesenta años de reformas sociales y de intervención del Estado en las economías de casi todos los países del mundo y que creen que el futuro será igual al presente.

En todo caso, si no está claro para qué debe servir la historia, pienso que, por el contrario, es bastante obvio lo que debe hacerse con la práctica de esta disciplina en América Central. En nuestra opinión, la tarea que tenemos por delante es la de continuar con su profesionalización. Esto significa, dejar atrás el ejercicio de la historia de manera diletante, tanto en la forma de la historia "comprometida", como en la modalidad de la simple recopilación de información, sin crítica ni interpretación. Profesionalizar la historia significa formar personas que la practiquen de modo especializado, según las normas y procedimientos internacionales hoy imperantes. También significa crear las condiciones materiales para que dicha actividad profesional sea posible; lo que implica modernizar los archivos y las bibliotecas de los distintos países. Igualmente, supone apropiarse de las nuevas tecnologías que hoy se aplican en la investigación en ciencias sociales. Además, no puede profesionalizarse la historia si no se crean los respectivos foros académicos en cada uno de los países y para el conjunto de la región centroamericana.

Conviene aclarar que la profesionalización de la historia no excluye una eventual colaboración con los historiadores aficionados. Estos pueden seguir haciendo útiles contribuciones en los ámbitos de la historia local, las ciencias genealógicas e incluso la historia de regiones, empresas e instituciones. Empero, es importante subrayar que el canon de la práctica de la disciplina ya no debe estar dado por el quehacer de los aficionados o de sus cultores a la manera tradicional, ni sus avances deben depender de ellos. Por el contrario, los historiadores profesionales podrían tratar de multiplicar la práctica de la investigación por medio de la capacitación adecuada de los legos y aficionados.

Una propuesta de desarrollo profesional de la historia tiene que tomar en cuenta un fenómeno de creciente y reciente relevancia. Nos referimos al fenómeno de internacionalización de las ciencias sociales. La nueva fase de integración de la economía mundial, la muerte del comunismo y el fabuloso desarrollo de las comunicaciones a escala planetaria hacen hoy posible el trasiego sin barreras del conocimiento científico. En tales condiciones, ya no es posible mantener nuestras investigaciones en pueblerino recogimiento. En la actualidad, el interlocutor de cualquier científico social ya no es su vecino de oficina, sus colegas de universidad o sus conciudadanos en general, sino cualquier otra persona, especialista o lega, interesada en la misma temática. En el presente, y para el futuro, ya no tiene justificación vivir en el desconocimiento de lo que otras personas hacen en el propio campo, en otras partes del mundo. En otras palabras: los que estudian Centroamérica dentro de la región y los que la investigan fuera de ella, ya no pueden ignorarse mutuamente.

Una sana consecuencia de la actual internacionalización de la práctica de las ciencias sociales y de la crisis de sus grandes paradigmas es que se ha abierto un espacio para el pensar libre y para la imaginación creativa. A pesar del nuevo dogmatismo neoliberal, ya no hay marcos teóricos y programas políticos de carácter universal y verdadero, aplicables automáticamente a la realidad latinoamericana. Ahora se trata de entender nuestra realidad en sus

propios términos, en una perspectiva comparativa que reconozca la pluralidad de los caminos evolutivos. Frente a las distintas corrientes de interpretación de la ciencia social, legadas por los siglos XIX y XX, nuestra actitud como historiadores debe ser la duda, la crítica y un sentido pragmático de sacar provecho de sus respectivos aportes. Quizás, sabríamos un poco más de la historia centroamericana si tantos talentos no se hubieran desperdiciado en la exégesis y la ilustración apriorística de unos cuantos postulados simplistas de manuales escolásticos. En otros términos, el primer desafío que enfrentamos los historiadores de la región es el del desarrollo de la investigación empírica sustentada en la utilización de fuentes primarias. Evidentemente, no puede haber investigación empírica sin orientación teórica; pero un asunto es utilizar la teoría para construir hipótesis de trabajo y otro, bien diferente, es tomar apresuradamente unos cuantos datos para ilustrar una verdad que se considera aceptada.

En este sentido, sería equivocado creer que estamos proponiendo una vuelta a la historia tradicional, pobre, teórica y metodológicamente. Se trata más bien de convertir los conceptos y las teorías en meras hipótesis plausibles o en provisorios esquemas de clasificación del material empírico; de participar con criterio independiente en las polémicas internacionales de la disciplina; y de interpretar nuestros datos a la luz de esos debates y con amplio uso de nuestra imaginación. Es posible que al escuchar estas propuestas muchos pensarán que pecamos de voluntarismo y de falta de realismo, pues el actual estado de postración de la región centroamericana, no parece tener espacio para tales pretensiones de refinamiento, por parte de quienes practican la historia y las ciencias sociales.

Al respecto, debemos reconocer que lo que no estaría al alcance de los centroamericanos, sí es posible para quienes estudian la región fuera de ella. Así, lo que estamos defendiendo no es una ilusión, sino la realidad cotidiana de los centroamericanistas residentes en países desarrollados. Por otra parte, es cierto que para alcanzar la meta de la profesionalización de los estudios

históricos se requieren algunas inversiones para capacitar nuestros recursos humanos. Por ejemplo, tenemos que admitir que ya no se puede ser un investigador en ciencia social a cierto nivel, si no se tiene al menos el dominio instrumental del inglés. De igual manera, la participación en la comunidad internacional de las ciencias sociales exige determinadas condiciones de tipo material y técnico. Hay que tener dinero para poder asistir a eventos académicos internacionales; para realizar investigaciones en archivos y bibliotecas extranjeros; también para poder disponer del equipo electrónico que hoy se utiliza para colectar, procesar y trasmitir información. En este punto es donde la cooperación internacional debe cumplir su cometido y en donde los gobiernos deben asumir el desafío de la formación del llamado capital humano. En consecuencia, la profesionalización de la historia en los distintos países centroamericanos dependerá de un renacimiento de sus instituciones universitarias.

Evidentemente, esta propuesta de desarrollo profesional de la historia se inserta en las corrientes actuales de secularización del mundo y de pérdida de vigencia de los principios metahistóricos, asociados con la noción de posmodernidad. No hace falta volverse cínico para reconocer que vivimos en un mundo relativo, en el cual parece presentarse como único absoluto la imposibilidad de superar el sistema capitalista por las vías conocidas. Por otra parte, la democratización y la masificación de las sociedades contemporáneas han ido reduciendo los espacios para lo sagrado en la vida social. Aunque han resurgido, vigorosamente, los fundamentalismos religiosos y el nacionalismo, es cierto que, en buena parte del mundo, hacer de la nación un objeto de adoración parece algo totalmente anacrónico.

En el caso centroamericano, este asunto es particularmente crítico puesto que debemos reconocer que no es nada evidente que estos países puedan ser estados-naciones viables en las nuevas condiciones de internacionalización de la economía mundial. En suma, no parece tener mucho sentido fomentar el amor a una patria cuya existencia futura es dudosa o discutible. De igual

manera, el fracaso de las revoluciones del siglo XX y la desaparición de los sujetos revolucionarios han dejado sin base a aquellos que concebíamos la historia como disciplina al servicio de las causas del pueblo.

No obstante, es posible asumir la situación actual con una óptica optimista. En mi opinión, es positivo que la historia abandone toda función mesiánica de portavoz de determinados sujetos y, en su lugar, adopte una postura de crítica y de desmitificación de las prácticas y los discursos de la vida social. Posiblemente, hoy lo único que puede hacer el historiador, ya no es difundir creencias seculares, sino sembrar dudas sobre ellas, utilizando los métodos de su disciplina. La idea que Marx se hacía de su proyecto tiene plena actualidad para la historia: consagrarse a "la crítica despiadada de todo lo que existe". Aunque el prejuicio es consustancial a la vida social, tal vez corresponda a la historia y a las otras ciencias sociales su crítica sistemática en los tiempos posmodernos; o como diría un teórico de la posmodernidad debemos "investigar los supuestos implicados en la modernidad". Tal función, teórica, es quizás una tarea terapéutica porque debemos intentar averiguar el por qué de nuestros fracasos y la razón del incumplimiento del programa emancipador ilustrado, poco importa su vertiente, liberal-democrática o socialista-popular.

De igual manera, la historia puede encontrar un lugar en las tendencias hacia la democratización y el pluralismo en el mundo actual. En tal contexto, pareciera que todos los sujetos tienen el derecho a indagar sobre su pasado: las clases subalternas y no solo las clases dominantes; las mujeres y no solo los hombres; las, a veces mayoritarias, minorías étnicas o de otro tipo y no exclusivamente las mayorías dominantes y las personas consideradas normales; las regiones periféricas y no solo las centrales y hegemónicas; los asentamientos locales y no solo los espacios nacionales; las pequeñas opresiones y no solo las grandes, el crimen cotidiano y no solo las matanzas masivas; las pequeñas luchas y no solo los heroísmos grandiosos; en fin, las pasiones, los deseos y los sentimientos y no únicamente las ideas y las abstracciones.

Previamente, afirmábamos que la historia a escala centroamericana prácticamente no existe y ahora conviene discutir si puede llegar a ser una realidad. Aquí vamos a partir del supuesto de que una historia con una perspectiva regional arrojaría un conocimiento superior al que hemos alcanzado hasta la fecha por medio de un análisis puramente nacional. Nuestro primer requisito sería renunciar a considerar los espacios nacionales como exclusivo objeto de estudio. En Centroamérica existen realidades sociales e históricas que no coinciden con los espacios nacionales; tal es el caso del Caribe centroamericano con sus diversas poblaciones de origen africano y con la huella perenne de las economías de enclave. También sería necesario el desarrollo sistemático de la historia comparada, la que nos permitiría determinar más adecuadamente la proclamada particularidad de cada uno de nuestros países. En otros casos, será necesario considerar Centroamérica como la propia unidad de estudio, pues la naturaleza del tema así lo exige; tal es la situación, por ejemplo, de los distintos intentos de integración política y económica regional o de las políticas de las grandes potencias en relación con el Istmo.

La historia centroamericana tiene que tratar de encontrar una nueva forma de relación con las otras ciencias sociales. En primer lugar, los historiadores debemos abandonar nuestras reticencias para estudiar la historia contemporánea y la más reciente. Este terreno puede ser compartido con los otros científicos sociales mayormente preocupados por el presente o por fenómenos de corta duración. Por otra parte, podemos suministrar a esos colegas los resultados de nuestros análisis empíricos del pasado, los cuales les podrían servir para poner en contexto, tanto sus esquemas teóricos, como sus explicaciones sobre el momento presente. Los historiadores, ya no seríamos más simples usuarios de las teorías de los otros científicos sociales, sino que, al lado de ellos, formularíamos nuestras propias generalizaciones. Además, es obvio que los historiadores ya no podemos pretender tener derechos de llave en el estudio del pasado, pues este se encuentra abierto para todo científico social que quiera investigarlo. Quizás,

en el futuro ocurra un proceso de confluencia entre la historia y aquellas disciplinas de la ciencia social con una orientación más académica que pragmática.

Nada de esto será posible, si no se establecen mecanismos de cooperación entre las instituciones que ofrecen las condiciones para hacer investigación y también entre las instituciones académicas de docencia e investigación en los diferentes países. En tal sentido hay que empezar creando una comunidad de personas dedicadas a la investigación histórica sobre Centroamérica en su conjunto. Por supuesto que tal comunidad debe estar articulada con la comunidad internacional de especialistas sobre Centroamérica. ¿Por qué no sería posible que los centroamericanos nos estudiáramos los unos a los otros del mismo modo que lo hacen europeos y norteamericanos con todos nosotros? Esta tarea se facilitaría ampliamente si surgieran mecanismos de integración entre las universidades. Tal vez se pueda lograr que las futuras generaciones de historiadores cursen su carrera recibiendo cursos en distintos países de la región; del mismo modo que, quizás, puedan desarrollar su vida profesional, en forma simultánea o sucesiva, en varios países, y no, exclusivamente, en el lugar donde nacieron o en el que les tocó vivir por los avatares de la vida y de la historia.

Por supuesto, no se trata de reinventar a escala del Istmo las viejas historias nacionales. En este sentido, tenemos que insertar nuestra historia en la de América Latina. Como es bien conocido, el Caribe centroamericano se asemeja más al Caribe antillano y sudamericano que al Pacífico centroamericano. Igualmente, el café es un fenómeno latinoamericano, lo mismo que las plantaciones fruteras. En términos más generales, recordemos que los fenómenos de difusión cultural, como dirían los antropólogos, han estructurado y definido el espacio histórico latinoamericano. La cultura popular urbana centroamericana ha sido deudora, por lo menos en el siglo XX, de las culturas populares de México y Cuba, y de varios países sudamericanos. También es conocida la influencia de otros países latinoamericanos sobre la legislación,

las instituciones, las ideologías y los proyectos políticos de los países del Istmo.

Hemos afirmado que ya no es evidente que la historia tenga una misión política específica e inmediata. No obstante, como el interés por el pasado es intrínseco a cualquier interrogación sobre la propia identidad, es posible que surjan demandas y nuevas formas de comunicación de este especialista, con un público más amplio. La historia como propaganda va a persistir, tanto porque siempre habrá colegas, diletantes o profesionales, atraídos por la efímera notoriedad que ella brinda, como porque ideólogos y políticos siempre necesitarán los mitos del pasado para formular legitimaciones convincentes. Toda persona que tiene poder o pretende conquistarlo en algún momento invoca el criterio de la tradición. De todos modos, queda por resolver el problema de la enseñanza de la historia en los sistemas de educación formal, actividad que ocupó un lugar central en el proyecto de los liberales y también en los experimentos revolucionarios, pero que desde hace mucho tiempo se encuentra obsoleta y representa para niños y adolescentes la más aburrida y la más absurda de todas las materias. En la actualidad, los estadios y las pantallas de televisión parecen cumplir más adecuadamente la otrora sagrada función de la historia como mentora del patriotismo.

El historiador no es solo un especialista de su disciplina, es también un educador, un universitario, un intelectual y un ciudadano. Como tal tiene mucho que decir frente a la presente oleada neoliberal que constituye un nuevo tipo de dogmatismo y, que en su obsesión por la forma mercantil y por la venalización de todas las esferas de la actividad humana, una nueva forma de oscurantismo. Si terminara triunfando la tendencia a considerar la cultura y la educación como otras mercancías y las llamadas humanidades como lujos o pasatiempos inocuos, la historia como disciplina profesional no tendría ningún futuro en esta pobre y maltratada parte del globo. Por tales razones, los historiadores, por menos mesiánicos que sean, siempre tendrán que asumir sus responsabilidades ciudadanas y no solo por altruismo, sino también por pura supervivencia.

Terminemos con las palabras de un filósofo posmoderno: “En un universo donde el éxito consiste en ganar tiempo, pensar no tiene más que un solo defecto, pero incorregible: hace perder el tiempo”.

IV
HISTORIA Y CIUDADANÍA

Este ensayo fue preparado para ser impartido como lección inaugural en la Universidad de El Salvador, San Salvador, en enero del 2002; actividad que se suspendió por razones de fuerza mayor. Fue publicado por dicha universidad en la ***Revista Humanidades****, IV Época, 1, julio-agosto-septiembre 2002, pp. 42-50.*

¿Cuál es la importancia de la historia en la formación de los universitarios? ¿Cuál es el lugar de esta disciplina en la educación, en general y, en la educación superior, en particular? Estas preguntas remiten a la inevitable y recurrente cuestión de la responsabilidad social de la historia y se inscriben en la problemática de los usos sociales del pasado: ¿para qué sirve o para qué debe servir la historia?; por eso hemos titulado esta reflexión "historia y ciudadanía." Desde ahora podemos reconocer que, muy conscientemente, hemos evitado la tentación de llamarla "historia e identidades", tema muy debatido en la actualidad, porque nos parece que la función de la historia no se limita a dar sustento a la creación de identidades particulares, sino que trasciende hacia la tarea más universal, desde mi perspectiva, de promover la conciencia ciudadana y el reconocimiento del derecho a la diferencia.

En efecto, el problema planteado es tratar de determinar qué relaciones con el pasado deben tener niños y jóvenes y hombres y mujeres de nuestro tiempo, y el sentido o la naturaleza de esas relaciones. Es bien sabido que el vínculo con el pasado es siempre mezcla de recuerdo y olvido, del mismo modo que dicha relación puede ser tanto de veneración como de desdén. Todos los grupos

humanos mantienen alguna vinculación con el pasado, pero esa relación dista mucho de ser universalmente homogénea. Para dar un ejemplo, en una sociedad como la estadounidense pareciera importar más el futuro que el pasado, mientras que en la mayor parte de las sociedades europeas el pasado es mirado con respeto, por no decir reverencia. No obstante, incluso en dichas sociedades, el pasado puede ser mirado con pretensiones de grandeza y superioridad, o con inquietud y embarazo, como es el caso de la sociedad alemana contemporánea, en relación con la postura que debe asumir frente a las inevitables interrogantes sobre sus responsabilidades en la terrible historia del siglo XX.

Nos ha tocado vivir una época anclada en la fantasía de la abolición del pasado. El cambio tecnológico constituye el paradigma de la civilización actual y su ley de hierro es la obsolescencia. Apenas salido al mercado no hay producto que ya no haya comenzado a envejecer. La cultura de masas, principal fuente de nuestros modelos de vida cotidiana y materia prima de nuestros sueños, persigue la ilusión de licuar constantemente el presente. Toda cartelera es algo nacido para morir en escasos días o semanas. El presente se disuelve continuamente y el futuro en cada instante se escapa. Ya no cabe tiempo ni lugar para el pasado.

Sin embargo, el pasado, inesperadamente, en el sitio más inconcebible, siempre reaparece; por ejemplo, desde hace unos meses, en la figura ominosa de un magnate iluminado del Islam, elusivo habitante de cavernas y especie de eremita del mal que se atrevió a retar al Estado más poderoso del planeta; también se muestra en forma menos siniestra, desde hace algunas décadas, en las voces de alarma de quienes claman por el planeta. Bien sabemos que la naturaleza es la obra lenta, muy lenta, del tiempo, y la factura que ya nos ha empezado a cobrar da testimonio de nuestra insensata manera de pretender suprimir lo que el paso de las eras nos ha legado y de rendir culto a la religión del tiempo fugaz.

Paradójicamente, la esencia de la condición humana es el deseo de superar el pasado, pero somos víctimas de la utopía de la abolición instantánea del tiempo. Precisamente, frente a quienes

pretenden disolverlo, sus adversarios actuales invocan un pasado fosilizado y opresivo. No podemos hacer una lectura literal de lo que llamamos tradición, ni podemos tampoco aplicarle los criterios de obsolescencia con los cuales funciona el mercado de los productos de alta tecnología. El pasado pesa en el presente, aunque nos sea invisible y es vano querer derogarlo solo en el imaginario. Desgraciadamente, la realidad virtual aún no ha podido suprimir las tremendas disparidades en que se encuentran desgarrados el planeta y la especie humana. No podemos negar la eficacia del cambio tecnológico, tampoco podemos dejar de preguntarnos acerca de las razones de sus límites sociales y espaciales. Aquí es donde, quizás, aparentemente escondido, el pasado opera como inercia y resistencia.

El espejismo del futuro, que hoy hace furor en todo el planeta y entre nosotros también, no es nuevo en la historia centroamericana y nos sirve para recordar nuestros continuos desencuentros con la modernidad y nuestra manera de ingresar a ella, apenas a medias, en los últimos dos siglos. Los ilustrados de antes de la Independencia, los protagonistas de la experiencia federal, los liberales con sus ferrocarriles, los desarrollistas de los tiempos del Mercado Común Centroamericano, los revolucionarios de la década de 1980 y los apóstoles del libre mercado y de la globalización de tiempos recientes han compartido la misma fantasía de creer poseer la llave del futuro. Todos ellos decretaron el fin del pasado y todos fueron vencidos por él. Este pasado, en nuestro caso, es una herencia de atraso económico, inmovilismo social y autoritarismo político.

Nuestra manera de concebir las relaciones entre presente, futuro y pasado es diferente de la forma de mirar el tiempo de muchas civilizaciones y culturas de otras épocas y de otros lugares. Recordemos que para muchas de ellas el pasado se integra en sus mitos y cosmogonías, al tiempo que las acciones de los seres humanos se entrelazan con las de sus dioses. Por el contrario, en nuestras sociedades –por lo menos desde la época del Renacimiento–, el tiempo es una instancia totalmente secular, de

la cual ya han sido expulsados los dioses y en la cual el mito no se confunde con lo que llamamos historia.

Así, cuando hablamos del pasado nosotros pensamos en una dimensión de la realidad empírica, racionalmente cognoscible, y aunque, no directamente observable, por razones obvias, podemos aprehenderla por medio de indicios o huellas que han logrado sobrevivir hasta nuestro presente. En consecuencia, nuestra relación con el pasado se basa en un doble supuesto: podemos asegurar que su existencia fue real y el saber que producimos sobre él es demostrablemente verdadero. En suma, nuestra conexión con el pasado se basa en el supuesto de que historia y ficción son distinguibles. Para nosotros es capital tener certeza de que Francisco Morazán, para citar un prócer centroamericano, es una persona que, efectivamente, existió y cuyas acciones y experiencias podemos conocer y valorar de algún modo racional y empírico.

Esta peculiar vinculación con el pasado, en donde mito e historia se distinguen y en donde el proceso histórico es un movimiento puramente humano, determina la forma legítima en que en nuestras sociedades podemos hacer uso del pasado. Con frecuencia, en las disputas por el poder invocamos el pasado a nuestro favor, bajo la premisa de que ese pasado no es ficticio y, precisamente, descalificamos al adversario, afirmando que carece de pruebas o que sus testimonios son falsificaciones.

Hacer uso del pasado es servirse de un arma muy poderosa porque nos permite hablar, supuestamente, en nombre de la verdad. De este modo, nuestra peculiar manera de concebir el pasado penetra los más diversos actos de la vida social y, evidentemente, legitima y autoriza. Como sabemos, el pasado es un elemento constitutivo de los procesos de elaboración de las identidades. Todo grupo humano que quiere reivindicar una identidad tiene que apelar a un pasado; el siglo XX ha sido testigo de las tragedias que producen la política de las identidades y determinados usos sociales del pasado.

Es conocido que en el siglo XIX y en gran parte del siglo XX, los estados latinoamericanos, inspirados en modelos europeos,

concibieron el uso del pasado en términos de historia patria; historia que tenía por función enseñar, a los futuros ciudadanos y a los ciudadanos adultos, el amor a la nación a la que pertenecían y la obediencia al Estado del cual formaban parte. Obviamente, este programa asignado a la historia dependió en sus resultados del grado de implantación del sistema educativo estatal y del nivel de integración de la población en la vida política. De todos modos, en sus inicios la única manera posible de concebir la historia como saber fue la historia patria, lo cual, de modo inevitable, creó una confusión entre la historia como saber crítico y su uso social para el proyecto de construir estados e inventar naciones.

Es necesario detenerse en el problema de los criterios que fundan el carácter objetivo de los conocimientos producidos por la disciplina histórica; si la historia patria tenía valor y eficacia social era porque se suponía que era real y verdadera. Pero, entonces se nos abre una interrogante: ¿quiénes y de qué manera pueden y deben dar la garantía de la verdad sobre la historia? No es casual que a fines del siglo XIX, la mayor parte de los estados latinoamericanos promovieran la fundación de archivos nacionales, la celebración de efemérides, la redacción de historias nacionales y la enseñanza de la historia patria en los distintos niveles del sistema educativo.

La garantía de la verdad de la historia vino a ser dada por un conjunto de personas dedicadas, en forma especializada, al cultivo de esa disciplina. No obstante, si este fue el caso en países como Alemania y Francia, en América Latina hasta bien entrado el siglo XX, la historia era practicada como pasatiempo o de manera aficionada por abogados y hombres de letras. En los países más grandes del subcontinente se impartían clases de historia en las escuelas de derecho y en las de filosofía y letras; pero, la historia como carrera universitaria solo se generalizó en la segunda mitad del siglo XX. Hasta el presente, en los países centroamericanos no es raro encontrar una persona, símbolo por excelencia del saber sobre la historia patria, en cuya cabeza está depositado todo un tesoro de erudición y conocimientos. En todo

caso, tales personas son consideradas por la sociedad, en especial por las elites políticas e intelectuales, como depositarias de un "saber verdadero".

Ese saber verdadero fue el que dio fundamento a las reivindicaciones en las disputas limítrofes entre los distintos estados; estableció el juicio válido sobre como mirar la experiencia colonial y fundó el derecho de algunos a pertenecer al panteón de la patria, mientras que a otros condenó al ostracismo en la memoria nacional. En la mayor parte de los países latinoamericanos terminó rigiendo como canon ortodoxo del conocimiento histórico la perspectiva de los liberales que condenaba la herencia católica española, glorificaba a los próceres de la Independencia, estigmatizaba a los conservadores y culpaba al indio por ser refractario al progreso.

En la segunda mitad del siglo XX, la vida política y social de estos países encontró nuevos usos del pasado. En el contexto de nuevos conflictos sociales, políticos e ideológicos, la vieja historia patria sufrió el ataque de quienes pensaban que la función de la historia era comprometerse con las luchas de las clases populares y con la elaboración de diagnósticos y pronósticos sobre su muy próxima redención. Este ataque tuvo el efecto positivo de ampliar el objeto de estudio de la disciplina, pues favoreció el análisis del pasado de la gente común y corriente. Así, ahora se acepta que los campesinos, los indígenas, los artesanos, los obreros y las mujeres también tuvieron una existencia en el pasado, pasado que amerita ser descubierto.

En los años finiseculares del siglo XX, a medida que la esperanza en la redención social declinó, nuevos sujetos sociales vinieron a hacer política con la bandera de las identidades y, como era natural, en esta tarea fueron al rescate, como se suele decir, de su memoria perdida. En la actualidad, la cuestión étnica está en la agenda del debate político en nuestros países. Ya hemos señalado que esta labor de recuperación de la memoria por parte de determinados sujetos sociales no coincide, necesariamente, con el trabajo crítico de la historia, pues dicha recuperación,

como típico uso social del pasado, se hace con la finalidad de construir una identidad y no de establecer un conocimiento objetivo del pasado.

Todos aquellos que han hecho un uso con fines prácticos del pasado tendrían que sentirse realmente decepcionados porque, para emplear una frase manida, a nadie la historia dio la razón: ni a quienes hablaron en nombre del progreso, ni a quienes lo hicieron bajo el manto de la revolución, ni posiblemente, a quienes hoy invocan el principio étnico como fundamento de su quehacer político. En última instancia, debemos reconocer que todos hacemos uso del pasado para nuestros propios fines; de igual forma, es evidente que invocar el pasado no es garantía de absolutamente nada: ni el pasado asegura la victoria, ni el pasado nos previene de cometer errores. El uso del pasado es, simplemente, un recurso ideológico válido para fines de lucha política.

Es imposible pretender abolir esos usos del pasado. Individuos y grupos humanos siempre acondicionarán imágenes del pasado y del suyo propio, según las necesidades del presente y según sus aspiraciones futuras. El uso social del pasado, la memoria, como la llaman algunos historiadores, está inevitablemente presente en la vida social. No obstante, existe el riesgo manifiesto de que el pasado sea un lugar que cada uno mire según su propia conveniencia. Esta eventualidad crea las condiciones para suprimir la posibilidad de distinguir entre cierto y falso. Conservar las condiciones que hacen posible esta distinción es indispensable para el conocimiento del pasado y para la vida en el presente: cuando la realidad misma de los crímenes del pasado no se puede determinar, se hace imposible establecer responsabilidades. Si la verdad histórica solamente fuese cuestión de opinión, los muertos quedarían sepultados para siempre bajo una loza de impunidad y los vivos en continuo riesgo e inseguridad. De esta circunstancia surge la necesidad de separar historia y memoria; de distinguir el uso social del pasado, en el marco de valores e intereses en confrontación, de ese otro uso social específico del pasado, postulado por la historia como disciplina, en donde el interés y el valor, por

más legítimos que sean, se subordinan a la voluntad de esclarecer la realidad objetiva.

De este modo, volvemos al problema del carácter objetivo, para no emplear el término verdadero, del conocimiento del pasado. Para que los discursos sobre el pasado no sean solo un conjunto de puntos de vista sesgados de intereses en conflicto, la única alternativa disponible es desarrollar la historia como disciplina; es decir, practicarla según los procedimientos del método histórico, deudor del método científico, en el seno de una corporación que comparta un conjunto de criterios sobre como debe funcionar esa práctica, y una serie de mecanismos de control de calidad, si se nos permite la expresión, capaces de asegurar el carácter objetivo y cotejable del saber producido y su circulación entre quienes puedan juzgarlo. En nuestra época, estas comunidades de competencia, aunque sigan estando nacionalmente asentadas, tienden a ser comunidades internacionales. Sobra decir que para hacer historia de Centroamérica no es obligatorio ser centroamericano, y quienes hoy estudian nuestra historia integran una congregación dispersa por distintos lugares del globo.

Parece innecesario añadir que la sede por antonomasia de los profesionales de la historia es la educación superior y, en particular, las universidades. En principio, toda colectividad nacional debería dar sustento a una comunidad de historiadores, cuyo asiento institucional sería una universidad, donde realizaría sus dos funciones principales: la enseñanza y la investigación. No se debe creer que los historiadores forman una comunidad de consenso alrededor de un saber técnico. Al contrario, bien sabemos que nuestra disciplina está atravesada perpetuamente por polémicas, corrientes, interpretaciones y confrontaciones muy diversas. Asimismo, los profesionales de la historia constituyen, no solo una comunidad de saber, sino también una constelación de poder, con sus mandarines, acólitos y renegados. En este sentido, la confrontación de ideas, unas veces racional y otras veces subjetiva, es inherente al trabajo del historiador y allí donde es impuesta una “historia oficial”, no tiene cabida la historia como disciplina

científicamente orientada. Es nuestra obligación reconocer los límites de nuestras afirmaciones, del mismo modo que debemos ser consecuentes con los preceptos del método científico; uno de ellos es someterse, estoicamente, a la evaluación crítica de nuestro quehacer por parte de nuestros colegas.

Parece obvio, en consecuencia, que la práctica de la historia para alcanzar el nivel de un conocimiento especializado, no puede sustentarse, únicamente, en la labor de unos cuantos individuos aislados o en la buena voluntad de algunas personas que a ella se dedican en su reposo dominical. Ciertamente, el interés por el pasado no es ni debe ser patrimonio exclusivo de los historiadores profesionales u otros científicos sociales. Al contrario, puede ser muy fructífera la colaboración entre el anticuario, el coleccionista, el genealogista, el historiador local y la comunidad académica de los historiadores. Mención aparte merece el vínculo que debe existir entre estos y las personas e instituciones responsables de la custodia de la materia prima de la historia en archivos y bibliotecas. Pero, en todo caso, consideramos necesario insistir en que la historia como saber objetivo, con las limitaciones ya señaladas, solo puede desarrollarse en la medida en que haya una comunidad de historiadores profesionales, insertos en una institución universitaria.

En última instancia, los distintos usos sociales del pasado, ya sea en el sistema escolar, en los medios de comunicación de masas, en los debates públicos y en la propia formación universitaria, se nutren del conocimiento generado por los profesionales de la historia. Parece natural que toda agrupación humana quiera transmitir a las nuevas generaciones su visión de la experiencia heredada; de igual manera, es inevitable que el presente, dominio por excelencia de la comunicación social, utilice el pasado a manera de espejo. No es casual que los historiadores no escriban solamente artículos para revistas especializadas, sino que, además, y quizás, sobre todo, publiquen libros de distinta naturaleza cuyo público lector es más amplio que su comunidad de competencia.

Vamos a detenernos en la cuestión de la conveniencia que toda persona que haga estudios en la educación superior, adquiera un mínimo de formación histórica. Tradicionalmente, se ha afirmado que una base humanística debe estar presente en la formación de todo profesional de nivel universitario. Esto sigue siendo cierto, en el sentido en que una mirada más allá de la propia especialización abre las puertas a una perspectiva más amplia. Tampoco se puede negar que un poco de cultura general, usualmente, adorna a quien la ostenta y forma parte, al fin y al cabo, de las buenas maneras que la vida en sociedad nos impone. En fin, la curiosidad intelectual, se puede esperar, es casi inherente a una persona que recibe una formación superior y, en ese sentido, las humanidades, las letras, las artes y la historia pueden ser fuente para la satisfacción de dicha curiosidad.

No obstante, quisiera agregar que la relación con el pasado que nos propone la historia, distinta de otros usos del pasado, puede contribuir en el desempeño de la vida ciudadana. La historia puede ser un poderoso antídoto contra el prejuicio y el inmovilismo. El conocimiento del pasado nos pone ante el hecho evidente de su radical diferencia respecto del presente, y nos impone la pregunta sobre cómo y por qué lo uno devino en lo otro. Las sociedades centroamericanas siguen aún muy marcadas por el prejuicio social y, sobre todo, por el prejuicio racial, y el conocimiento histórico nos puede servir para ver de una manera más racional y, simultáneamente, más realista la situación actual, por ejemplo, la de las poblaciones indígenas, sobrepasando la mirada estereotipada tradicional.

El estudio crítico del pasado no es solo cuestión de sensibilidad, también nos ayuda a colocar el presente en perspectiva; quizás, porque nos obliga a aceptar que la fuerza inercial del pasado es mayor de lo que solemos admitir. En sentido estricto, la historia no puede dar lecciones de nada, pues el presente es siempre inédito en relación con el pasado y, a pesar de lo que a veces se dice, la historia nunca se repite. Sin embargo, el peso del pasado es siempre uno de los factores por considerar en la situación presente. La

historia es una ayuda, no la única, ni tampoco la más importante, en nuestros procesos de toma de decisiones en el presente.

En suma, se puede justificar una parte de historia en la formación de todo profesional universitario, tanto por las razones aducidas por el humanismo tradicional, como en la perspectiva de que la historia es un saber que favorece un pensar crítico y un conocimiento que permite tomar distancia, tanto frente al presente, el cual puede parecernos la única forma posible de la realidad, como frente al propio saber del cual se es competente. La historia es una disciplina de contexto y, por tal razón, un instrumento precioso en todo esfuerzo de ampliación de horizontes y de formulación de juicios y decisiones. El criterio más atinado es aquel que se forja con una visión de totalidad, y la historia es una forma de conocimiento que siempre está obligada a vincular los distintos órdenes de la realidad. La historia tiene la poderosa virtud de hacer relativas, tanto nuestras miserias actuales, como nuestras grandezas momentáneas.

Las ideas hasta aquí planteadas parecen ser válidas para cualquier sociedad en la etapa actual, por eso, quizás convenga intentar una reflexión más específica sobre lo que la historia puede aportar a las sociedades centroamericanas del presente. El camino de la modernidad occidental ha sido de difícil tránsito para nuestros países y en muchos aspectos siguen estando demasiado cercanos de su pasado. Todos sabemos que en las dos últimas décadas se intentó salir de ese pasado con un costo muy alto y con resultados que parecen más bien modestos. Un trasfondo autoritario y de miseria continúa vigente en el presente.

En este sentido, el estudio crítico de dicho pasado, es decir, su análisis histórico, podría ser de mucha utilidad. Los historiadores centroamericanos, los que hoy existen y los que formaremos en los años venideros, tenemos por delante la tarea de estudiar nuestro pasado para encontrar las explicaciones de su peso excesivo y nocivo en el presente. Tenemos mucho que investigar para conocer las razones de nuestros desencuentros con lo que la modernidad ha prometido. El estudio científico del pasado puede ser un

recurso eficaz para liberarnos de su opresión en el presente. En este sentido, estamos obligados a estudiar todo nuestro pasado, tanto el más remoto, como el más reciente. Sin embargo, tenemos una responsabilidad particular en el estudio de la historia más reciente.

En el último medio siglo, decenas de millares de personas murieron violentamente por razones políticas y cientos de miles padecieron persecuciones, exilios y otros sufrimientos. Independientemente de la manera en que los distintos acuerdos de paz resolvieron o intentaron resolver este asunto, nuestra disciplina tendría la obligación de estudiar estos procesos con los instrumentos y con los procedimientos propios del método histórico. Una manera de reivindicar a tantos inocentes es tratar de entender –no queremos decir justificar, ni eximir– el tipo de sociedad y el tipo de agentes que los convirtió en víctimas. Posar una mirada crítica sobre la experiencia histórica reciente en sus dimensiones más dramáticas, no significa que no podamos hacer lo mismo sobre cambios más silenciosos, pero no por ello menos importantes, como la metamorfosis del mundo agrario en el que nacimos, en el mundo urbano, fragmentado y hostil, en el que hoy vivimos en nuestros países.

No se trata de hacer un listado de temas de investigación, sino más bien de señalar que la democratización inconclusa de Centroamérica requiere un continuo debate y confrontación en la vida pública, debate al cual el conocimiento histórico puede hacer sus aportes. La democratización de las sociedades centroamericanas requiere que todos los actores sociales y políticos reconozcan que habitan un espacio común; parte de ese espacio es un pasado compartido que sigue siendo ignorado o tergiversado. El estudio crítico de la historia, en sentido estricto, a nadie conviene, porque puede revelar facetas oscuras de todos los actores, aún de aquellos vistos solo como inocentes víctimas o como celebrados héroes. Por tanto, en los necesarios debates que deben acompañar los procesos de consolidación de las frágiles democracias centroamericanas, el conocimiento histórico debería ser un recurso más en la argumentación.

El análisis crítico del pasado es un ejercicio de reconocimiento constante de la diferencia. La historia nacida en el siglo XIX se ocupó de poner en relieve algunos actores, en detrimento de otros. En nuestra época, los procesos de democratización y la reciente ebullición de la política de las identidades han provocado que un gran número de actores quieran apropiarse de su pasado, como se suele decir, rescatar su memoria. En este caso, la historia como saber crítico puede contribuir a enriquecer y atemperar este furor por el pasado. Frente a una memoria mítica de estos nuevos actores, debe levantarse una historia crítica. De ese modo, en este ejercicio reconoceremos el carácter plural de nuestras sociedades, tanto en el presente, como en el pasado.

La aceptación de la pluralidad cultural como consustancial a toda realidad social es fundamental para el reconocimiento de la diferencia como derecho y de la tolerancia como deber en un mundo lleno de diversidades. En nuestras sociedades, el culto del derecho a la diferencia es de gran necesidad, pues padecemos de una fuerte propensión a etiquetar lo que de primera impresión nos resulta distinto y a mirar con sospecha toda expresión de discrepancia o cualquier afirmación de originalidad. Los conflictos políticos de la segunda mitad del siglo XX arraigaron de manera perversa esta tradición de unanimidad obligada, de origen escolástico y colonial, y preservada por las disputas entre liberales y conservadores, que legitima poner una marca al adversario para luego violentar sus derechos. Sobra decir que reconocer las diferencias no significa justificar las desigualdades; por el contrario, se trata más bien de que los valores universales sean tanto un principio como un movimiento, tanto un punto de partida como un lugar de llegada que se alcanza en un ejercicio de confrontación y de negociación, cuya meta es, precisamente, dejar atrás, al fin y para siempre, injusticias y desigualdades pluriseculares.

El estudio crítico del pasado es también un importante recurso en el proceso de rendir menos opaco el mundo en que vivimos. Hoy los humildes quieren tener su historia, pero los poderosos también demandan una historia que no sea genealogía

y heráldica. Como el destino histórico de nuestras sociedades ha estado en manos, sobre todo, de quienes las han dominado, es un derecho democrático y una obligación de transparencia en la vida social conocer la historia de sus mentalidades, estilos de vida, fortunas, culturas y vínculos con el poder político y con los intereses foráneos. En última instancia, es necesario determinar en forma crítica la cuota de responsabilidad de nuestras elites en el peso excesivo que tiene el pasado en nuestro presente. Ha llegado el tiempo de revisar eventos del pasado que algunos prefieren ocultar y olvidar.

Al acercarnos ya al final de estas reflexiones, podríamos reiterar que nuestro propósito ha sido defender la necesidad de la práctica de la historia como un saber especializado y recordar que el lugar que cobija a la disciplina ha sido en todas partes, desde el siglo XIX, la institución universitaria. Una institución de educación superior, digna del nombre de universidad, debe tener a la historia entre las carreras que imparte. En fin, hemos argumentado que es deseable que en toda formación universitaria se incluya un mínimo de historia.

En la vida social el uso del pasado es inevitable, pero en una vida ciudadana, activa y responsable, una relación crítica con el pasado, esa que puede brindar la historia, puede ser un instrumento de gran valor. Nuestras sociedades necesitan ser más transparentes frente a su pasado y en relación con su presente; un recurso para lograrlo es tener una comunidad profesional de historiadores dedicada a su estudio, según los procedimientos de la disciplina. Posiblemente, nuestros jóvenes consideren que sus opciones profesionales sean, de preferencia, administración de negocios, computación o comunicación, pero, de ningún modo, historia. Esa es su manera legítima de concebir el futuro. Sin embargo, es deber de la universidad acercarlos a su historia para mostrarles que las posibilidades y los límites de sus aspiraciones guardan relación con la naturaleza de la sociedad en la que viven; naturaleza que es indisociable del pasado de su sociedad. Acaso convendría ser precavidos: no necesariamente, quienes

nos prometen con tanta certeza el futuro nos quieren, con igual convicción, liberar del pasado.

La construcción del futuro de nuestras sociedades debe estar en manos de todos, es decir, en un ejercicio ciudadano responsable en el cual nuestras decisiones surjan de la confrontación y de la negociación de intereses, valores e identidades. Precisamente, la función social de la historia es la de universalizar el derecho a la ciudadanía activa y la historia puede ayudarnos a descubrir nuestros intereses comunes. En este sentido, la historia no sirve a ninguna causa en específico en la medida en que a cada una pone en contexto. Pero, al mismo tiempo, a todas sirve en la medida en que muestra la realidad de su existencia y suministra criterios y procedimientos para distinguir lo falso de lo cierto.

Indudablemente, el valor y la fuerza de una causa no son asunto de la historia sino de la política, pero el quehacer político, si es búsqueda de valores universales y de intereses comunes, tiene en la historia un punto de referencia. Es ilusorio querer negar los conflictos en nuestras sociedades; sin embargo, es posible convertirlos en factores de cambio y no en cadenas que nos inmovilicen. Ese es el sentido del quehacer de la historia como disciplina universitaria: comprender para superar. Esa es, supongo, la esperanza de quienes se han empeñado en dotar a la Universidad de El Salvador de una carrera de historia.

Pero la historia no es la verdad definitiva sobre el pasado, sino apenas una modesta manera de intentar buscarla. Por eso, continuamente, el historiador trata de renovar su agenda, cuando escucha las interpelaciones, los cuestionamientos, las aspiraciones y los lamentos de sus contemporáneos. El historiador sabe que su responsabilidad social consiste en servir de mediador en las preguntas que el presente le formula al pasado. De esta manera, debemos aceptar que el historiador solo puede desempeñarse como tal, si tiene la capacidad de tomar distancia de las pasiones de sus contemporáneos. Sin embargo, en sentido inverso, solamente puede ser mediador si tiene la capacidad de sentir, escuchar y comprender el sentido de esas pasiones y alimentar con ellas

su cuestionario. Cuanto más conozca el presente mejor puede estudiar el pasado. Desgraciadamente, nada de esto lo dispensa de las exigencias que como cualquier otro ciudadano le corresponden. Habrá circunstancias que le impondrán tomar partido, como hombre o como mujer, y la historia apenas le servirá para su apuesta incierta.

V
HISTORIA E INCERTIDUMBRE

Aunque está fechado en junio de 1994 no hemos podido establecer las circunstancias en que fue redactado este artículo. Posiblemente, fue impartido como conferencia. Nunca ha sido publicado.

Quizás, convenga comenzar preguntándonos en manos de quién se encuentra el futuro. Si aún nos queda una resaca de optimismo, deberíamos decir que, en primer lugar, el futuro está en nuestras manos. Empero, como somos realistas y conocemos los riesgos del voluntarismo, inmediatamente deberíamos admitir que el futuro también está en manos de fuerzas fuera del control consciente de individuos o grupos sociales. Al aceptar la obvia existencia de tales fuerzas, reconocemos el poder de la determinación en la vida de las sociedades humanas y nos remitimos a expresiones tales como el peso de las estructuras o, para hacerle una concesión a una expresión del historiador Fernand Braudel, a la inercia de la larga duración. No obstante, las manos que sostienen el futuro aquí no se agotan; debemos recordar que la vida social es producto, también, del azar o de factores indeterminados que tienen relación con lo accidental, lo inesperado o lo casual. En el juego de todas esas manos la verdadera condición del futuro es la incertidumbre. El futuro no se puede prever, aunque se pueda pronosticar.

La aceptación de esa condición incierta del porvenir puede producir vértigos y desvanecimientos. Empero, la incertidumbre es el requisito que hace concebible y realizable la experiencia humana como invención de la libertad y como espacio para la creatividad. Ciertamente, sin incertidumbre no puede haber historia. Las vidas de los individuos y de las sociedades están llenas

de automatismos, desde el trascendental ciclo del nacer y morir, hasta el mecánico parpadeo de nuestros ojos. La vida social no es pensable sin la existencia de actos, ritmos, ritos, procedimientos y reglas de carácter repetitivo. No obstante, la iteración también padece de entropía y, al final, lo que empieza siendo una cosa termina siendo otra, significando algo totalmente distinto o simplemente muriendo y desapareciendo. Esta conciencia de la dialéctica entre experimentación y reiteración es lo que nos hace a los historiadores, y a los seguidores de corrientes de pensamiento historicista, ser irritables frente a las metáforas que oponen sociedades frías a sociedades calientes y frente a los análisis que disocian la estructura del movimiento o que desconectan el pasado del presente. Por lo tanto, si reconocemos la posibilidad de la historia, la entropía de las estructuras y la inventiva del ser humano, tenemos que aceptar también la indeterminación del futuro.

Claro está que el futuro, aunque asentado en la urdimbre de la incertidumbre, al menos es concebible mediante la oposición de radiante y sombrío. Quizás, más bien, hay épocas que viven, con mayor conciencia que otras, el cambio de los tiempos. Tal vez esa sea nuestra condición actual. En este contexto, es posible que la utilidad de la historia radique en recordar que, antes que nosotros, hubo otros seres humanos que vivieron experiencias similares. Los europeos de los tiempos de la peste negra y de la época bautizada por un historiador como el otoño de la edad media, tuvieron plena conciencia del fin de un mundo, el cual se miraba como sombrío y se exorcizaba con danzas macabras. Los indígenas americanos del periodo situado entre finales del siglo XV y mediados del siglo XVI también vieron como colapsaba su universo; incluso, para muchos el suicidio colectivo fue la respuesta a ese fin de su historia.

También hubo en el pasado futuros radiantes: el de los revolucionarios franceses de hace dos siglos, el de los conquistadores españoles de hace cinco centurias, el apocalíptico y redentor de la poesía de William Blake, el optimista y grandilocuente de Walt Whitman o el de la escritura revolucionaria de Vladimir

Mayakovski. Pero dejemos de lado los momentos estelares de la historia del mundo y volvamos al regazo materno, para decir que ese fue el futuro que imaginaron los obreros y artesanos que, a comienzos de los años 1930, se encendieron con la flama verbal de un joven estudiante de derecho llamado Manuel Mora. Asimismo, radiante era el futuro para aquel empresario, con veleidades de socialismo utópico, quien llamó su falansterio a la tica, *La lucha sin fin*. En conclusión, promisorio era el futuro para quienes ingresamos o salimos de la adolescencia hace un poco más de un cuarto de siglo.

Por lo tanto, nosotros no somos los primeros en tomar conciencia de lo incierto del futuro, ni tampoco somos los únicos en verlo en términos más bien sombríos. Esta condición de ser, en fin de cuentas, los últimos y no los primeros puede servir de consuelo, pero quizás sea útil para esclarecer lo inédito o lo novedoso de nuestra condición actual de incertidumbre. A los indígenas americanos del siglo XVI los traicionaron sus dioses, a nosotros, hombres y mujeres del siglo XX con algún nivel de conciencia cívica, nos traicionó la razón o, para ser más exactos, algunas ideas que nos heredaron los siglos XVIII y XIX sobre lo que era la racionalidad de las sociedades humanas creadas por el capitalismo.

Así, los herederos de la tradición liberal creyeron que ese sistema económico era el garante de la libertad política y de la vida ciudadana, pero ahora tendrían que aceptar que el hedonismo y el ideal del consumo individual en el marco de la domesticidad han liquidado al ciudadano. Doscientos años de libertad han dejado como resultado un nuevo tipo particular de individuo, el individuo drogado, no por viejos opios de los pueblos, sino por la cultura espectáculo y por las drogas duras. Si la coca es una antigüedad prehispánica, la cocaína, como componente de un estilo de consumo conspicuo, es una novedad.

Por su parte, los herederos de la tradición popular revolucionaria creyeron que el socialismo traería el nuevo reino a los proletarios y a la humanidad; en 1917 se sintieron confirmados en sus expectativas, hasta que descubrieron que Leviatán reinaba

en nombre de la felicidad humana. Paradójicamente, después de 1989, en un planeta al fin libre del comunismo, la herencia de Guerra Fría ha sido un mundo de sociedades y personas alienadas por la abundancia o por la miseria y, en ambos casos, por la conquista de la libertad.

El atractivo del recién redescubierto nacionalismo es que aparenta ser la única forma de política basada en principios y no en cálculos e intereses. Si el socialismo está muerto, si la democracia es principalmente un asunto de procedimientos y de técnicas de mercadeo, si el desarrollo es una idea hueca y una utopía irrealizable en casi todo el Tercer Mundo y si la corrupción es la norma entre todas las elites políticas, desde el primer hasta el último mundo, la política nacionalista es la única que puede reivindicar pureza, sacrificio y desinterés, a pesar de que sus métodos de limpieza del cuerpo salpicado de la nación pertenezcan a una vieja tradición genocida. Precisamente, el renacimiento del nacionalismo, la más mezquina y más carente de ideas de todas las ideologías políticas, es la expresión de la debacle de las grandes ideas.

La llamada globalización es uno de los componentes fundamentales de la situación de nuestro tiempo. Frente a este virulento nacionalismo, lo cierto es que, en la mayoría de los estados-nación, ya no es tan claro a qué corresponde la noción de interés nacional. No estamos seguros que se pueda determinar con mucha facilidad si los actuales procesos de integración económica serán favorables o desfavorables, en términos del interés nacional, para los países latinoamericanos.

La idea del interés nacional se basa en el supuesto de que este es supremo y precedente frente a otros tipos de interés. Aquí encontramos, de nuevo, una de las particularidades de la situación presente y una expresión de la naturaleza global de los cambios de este fin de siglo. En efecto, en nuestros días no hay socialismo ni capitalismo que puedan pedir a las mujeres que tengan paciencia y resignación, ni tampoco a los jóvenes que sean razonables y obedientes. En un predicado análogo se encuentra cualquier idea

de interés nacional frente a quienes hoy nos hablan del supremo interés de la vida del planeta y en el planeta.

Pero quizás lo global de nuestra incertidumbre actual no solo se refiere a la internacionalización de las relaciones de producción y al declive de la viabilidad y utilidad del formato político-social llamado estado-nación, sino a la disolución de los patrones de vinculación de las personas en los ámbitos de las relaciones interpersonales y de la vida cotidiana. No solo se murió el comunismo también se están muriendo los maridos y las esposas, los padres y los hijos, los amantes y los enamorados. Ahora, es menos claro en qué consiste ser niño, ser joven, ser mujer y también ser hombre. Los movimientos de liberación de la mujer y de reivindicación de los derechos de las personas homosexuales han puesto en entredicho lo que tradicionalmente creíamos era lo masculino y lo femenino. El unisex y la androginia parecen ser respuesta a este fenómeno de desplazamiento de los géneros. La vida cotidiana es el terreno donde opera y se reproduce nuestra forma particular de alienación. En una ciudad como París en la actualidad son mayoría, para hablar en jerga censal, los hogares unipersonales, es decir, la mayor parte de las personas, mujeres y hombres, viven solas. La idea de comunicación interpersonal para mucha gente hoy es abstracta o totalmente ridícula.

No deja de ser irónico que muchos de los revolucionarios y radicales de un cuarto de siglo atrás no sepan qué hacer con sus hijos adolescentes, en vía, imaginaria o real, hacia la marginalidad y hacia los llamados paraísos artificiales. No es simplemente un problema de disonancia cognitiva, como dicen los psicólogos, ni una situación de doble moral de los cuarentones y cincuentones burguesones y oportunistones, otrora idealistas. Es, por el contrario, una profunda crisis en el modo de vida que a todos nos afecta y frente a la cual no tenemos soluciones conocidas. Nadie sabe hoy exactamente con cuales ideales deben ser educados nuestros hijos y la única respuesta que les ofrecemos es pragmática y darwinista: "si quiere tener mañana lo que hoy le ofrece la televisión, estudie y trabaje", solemos decirles.

Podría pensarse que ciertos proyectos universalistas, como el feminismo y el ecologismo o la conciencia relativista de la diversidad y la pluralidad de la experiencia humana, podrían servir para reconstruir una nueva ética, pero esto no es tan claro. En el feminismo no hay una respuesta, ni tiene por qué haberla, a la cuestión de como debe ser reconstruida la condición masculina, en una perspectiva asumida por los hombres; de igual manera, no hay en el feminismo una solución al problema de cual debería ser el sustituto de la familia como unidad de formación y crecimiento de niños y adolescentes.

A primera vista, puede parecer casi una cursilería hablar de banalidades psicológicas en el contexto de una reflexión sobre el sentido global de nuestro futuro. No obstante, estas preocupaciones solo se limitan a recordar que ha ocurrido un proceso de desplazamiento de las tradicionales fronteras entre lo público y lo privado. Así, el neoliberalismo se nos presenta como una defensa de los ámbitos privados de la vida social, mientras que las feministas nos recuerdan que lo personal es político. El estado educador, consustancial a la idea liberal-ilustrada de lo público, está siendo desplazado por el empresario que nos vende el servicio de la educación de nuestros hijos. De este modo, lo que antes era un derecho públicamente garantizado, ahora es un servicio privado asegurado por el mercado.

La definición de lo público y de lo privado es central en cualquier debate sobre el problema de la alienación en nuestras sociedades. Esto es bastante claro en relación con el consumo de drogas, pero también en lo que se refiere a la comunicación social. Quizás tendría que existir un derecho de los niños y de sus padres a decidir sobre lo que la televisión les ofrece. El declive de las formas de vinculación de las personas en los ámbitos de la vida privada y de la vida cotidiana ha ido parejo con la decadencia de las formas de participación política ciudadana. No es una casualidad que la soberanía del ciudadano haya dado paso a la soberanía del consumidor. En este sentido, parecemos vivir una época de descomposición de todos los tejidos de la sociedad civil

y de la sociedad política. Esto es realmente novedoso porque en otros casos de fin o desaparición de un "antiguo régimen", las instituciones más antiguas y, por tanto, más sólidas, como la religión, los vínculos de parentesco y las relaciones de género, permanecían más o menos vigentes o intactas.

La crisis social y política de las sociedades contemporáneas se traduce en crisis existencial de los individuos. El fin de los garantes metasociales del orden social, para utilizar una expresión de Alain Touraine, el final de las utopías, se ha traducido en lo que los franceses llaman *el mal de vivre*. Hoy son millones los que se levantan con el *blues* en el alma sin saber qué hacer, salvo acudir a algún mecanismo de evasión. Si hemos insistido en estos aspectos socioculturales o psicosociales de este fin de siglo, no es porque quiera desconocer las dimensiones materiales y económicas de sus problemas. Sería una especie de esquizofrenia desconocer que África es un mundo devastado, aparentemente sin futuro, esperanza o solución. En general, el Tercer Mundo ya no existe como problema por resolver sino como catástrofe por olvidar. En particular, basta volver la vista hacia la situación presente de la América Central para mirar con poco optimismo el futuro de esos países.

No obstante, algunos problemas acuciantes de nuestro modo de vida actual, como, por ejemplo, la delincuencia y la violencia social, requieren algo más que soluciones económicas, pues parecieran exigir la reconstrucción del tejido social. Es conocido que el crecimiento económico no resuelve de por sí tales dificultades, como bien lo muestra el problema de la violencia y la alienación urbana en la sociedad estadounidense de nuestros días.

De todos modos, aunque es cierto que el futuro es incierto, con certeza podemos asegurar que no será igual para todos, pues lo que nos espera se presentará en forma diferenciada para personas, grupos, regiones, países y continentes. Las soluciones que se requieren en el futuro tendrían que ser globales; pero, lamentablemente, no existen todavía las instancias que puedan construir esta nueva forma y dimensión del denominado interés general.

Por el momento, el interés particular continuará prevaleciendo y, desgraciadamente, hay algunos mejor preparados que otros para trabajar por su futuro.

En este sentido, para países pequeños como Costa Rica y los otros países centroamericanos, hoy es totalmente pertinente la pregunta sobre su viabilidad como economías, sociedades y estados nacionales. En un país como Nicaragua, el formato estado-nación parece ser de muy poca utilidad; aún en la menos desfavorecida Costa Rica, sus proyectos de desarrollo de largo plazo parecieran apuntar a su disolución, al menos en términos económicos, en una unidad mayor. Por mi parte, yo no me atrevería a apostar que dentro de medio siglo aún exista el estado-nación costarricense. Quizás, esto me preocuparía menos que la posibilidad de que nuestros descendientes vivan en una sociedad distinta, en términos negativos, de la que se construyó a lo largo de más de cien años, sobre la base de la economía cafetalera. En este fin de siglo, el fantasma de la *africanización* ronda en muchos países latinoamericanos.

Acabamos de decir que el futuro será diferenciado y, al inicio, decíamos que, parcialmente, se encuentra en nuestras manos. Quizás, el sentido de esta última expresión pueda ser iluminado si apelamos a la historia. En efecto, como historiador debo reconocer que el proceso de disolución de los sujetos sociales que hoy contemplamos no tiene precedentes, desde por lo menos el siglo XVI. Sin embargo, también como historiador me permito dudar que el proceso de constitución de identidades y sujetos sociales haya llegado a su fin. Una prueba, perversa si se quiere, que dicho proceso no se ha detenido es el renacer de los movimientos nacionalistas. A pesar de que los llamados nuevos movimientos sociales entraron en retirada hace ya varios años y que, igualmente, vivimos un periodo de decadencia de las formas tradicionales de representación política; no me parece razonable pensar que se hayan acabado, para siempre, la política como asunto de la gente común y corriente y la acción social como mecanismo de producción de las relaciones sociales.

Como ya lo anunciaron los nuevos movimientos sociales, estas nuevas formas de participación en la vida social serán necesariamente distintas, posiblemente, más pragmáticas, circunscritas y realistas, acordes con el relativismo y el desencanto de la época actual. De todos modos, aunque estas nuevas modalidades de lo que podríamos llamar civismo tarden en aparecer, habría que luchar porque surjan. En consecuencia, es válido el compromiso de quienes intentan formular y articular ideas y proyectos alrededor de la noción de interés general. Esto es importante porque una perversión de nuestro tiempo es el corporativismo, según el cual cada grupo solo se ocupa de sus propios intereses. Claro está que lo primero por hacer es intentar definir qué entendemos por interés general, pues dicha definición, antes dada por sobreentendida, ahora requiere ser replanteada. Si carecemos de ideas globales como socialismo o si las disponibles en la actualidad como democracia, en la práctica, resultan restringidas y restrictivas, necesitamos inventarnos algo nuevo.

Como, por supuesto, no he venido aquí con la intención de promover la fundación de un nuevo "ismo", lo único que puedo hacer es señalar algunas de las condiciones requeridas para esa reconstrucción del interés general. Para empezar, cabría decir que se podría rescatar el pluralismo de la condición posmoderna, reconociendo la multiplicidad, la diversidad y la particularidad de las distintas situaciones de opresión, junto con la autonomía específica de cada una de ellas. Bien hicieron las feministas al mostrar que la supuesta abolición de la dominación de clase no suprimía automáticamente la opresión de género, contrariamente a las suposiciones de las distintas corrientes socialistas y revolucionarias. En la actualidad no es posible reconstruir el interés general si silenciamos o invisibilizamos específicas formas de dominación y alienación. Por otra parte, la reconstrucción del interés general pasa necesariamente por una redefinición de lo público y de lo privado. Posiblemente, las mujeres, los jóvenes y los niños, principales víctimas de una de las más frecuentes formas de violencia de nuestro tiempo, la violencia doméstica,

estarían interesados en redefinir ese espacio considerado siempre como sacrosantamente privado.

Esta cuestión tiene implicaciones también sobre las empresas, las cuales, como bien sabemos, son concebidas como la esfera de lo privado por excelencia. Francamente, no pienso que en un futuro cercano sea posible la reconstrucción de un proyecto socialista, a pesar de las manifiestas deficiencias del capitalismo como sistema de economía mundial. No obstante, estimo que la empresa debe reducir sus dimensiones internas autoritarias, al igual que debe aumentar su responsabilidad en relación con las dimensiones externas de su actividad, por ejemplo, sus efectos como contaminante material y espiritual. Un mundo sin patrones, sin jefes y sin políticos de profesión no me parece, por el momento, realizable en un futuro próximo; pero un mundo en donde las personas sean más autónomas, creativas y responsables, a pesar de la acumulación privada, no me parece imposible.

Además, la reconstrucción del interés general exige una reconstitución de lo público. Los revolucionarios de los siglos XIX y XX se equivocaron al creer que el Estado era abolible y los neoliberales de nuestro tiempo, con un gran costo humano, ya probaron que esta es una utopía sin sentido. En sociedades complejas como las actuales es indispensable la existencia de un órgano coordinador que intente sintetizar distintos intereses y funciones. Esto no significa una defensa del particular tipo de Estado que surgió en los últimos cincuenta años, sino de ese tipo de institución pública que surgió en la teoría y en la práctica en los tiempos de la Ilustración y de la Revolución Francesa.

En síntesis, podemos continuar la lucha alrededor de las ideas de participación y de democratización en las distintas esferas de la vida social, tanto las públicas como las privadas y las que pertenecen al orden de lo cotidiano. No obstante, nada de esto es posible si no se intentamos trascender los aspectos de reclusión doméstica, de hedonismo individual y de participación alienada en la cultura del espectáculo que dominan en la actualidad. Mientras no se reconstruyan nuevas instancias de sociabilidad, mientras no

se forjen nuevas formas de vida en común, mientras no nos liberemos de los distintos tipos de estupefacientes que hoy consumimos, no será posible una reinvención del interés general.

Aquí hemos hablado del componente del futuro que depende de nuestras manos, pero siempre quedaremos a merced de la determinación y del azar. De todos modos, ellos también demandarán la intervención de nuestras manos, sea para taparnos la mirada frente a la catástrofe que no pudimos o no quisimos evitar, sea para extenderlas hacia otras manos, igualmente urgidas de un contacto humano y de un sentido de futuro humano. Entretanto, la historia podrá continuar con su tarea de dar testimonio de la vida como movimiento y de la vida real como crítica, de la vida como ilusión o fantasía.

VI
MEMORIA, OLVIDO, IMPUNIDAD Y SECULARIZACIÓN POLÍTICA

Estas reflexiones fueron presentadas en octubre de 1997 en las Tertulias del Farolito, organizadas por la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, el suplemento cultural Áncora y el Centro Cultural Español. Fueron publicadas en el libro compilado por Alexánder Jiménez et al. ***La percepción de lo político en Costa Rica****, Heredia: EFUNA, 1998, pp. 211-220.*

1. La función de la memoria en la vida social es la construcción y reconstrucción continuas del pasado, elaboraciones que son siempre selectivas, poco importa que sean míticas o históricas, y también instrumentales, porque sirven para fines de identidad y cohesión social, y para fines de legitimación del ejercicio del poder. Recordemos que todas las agrupaciones humanas tienen alguna forma de memoria, sean estas familias, clanes, grupos, localidades, dinastías, naciones o estados. Aquí nos va a interesar la memoria de nuestra sociedad. En sentido estricto, somos los individuos quienes poseemos la capacidad de recordar, pero la sociedad tiene instituciones que cumplen funciones en el terreno de la construcción y la administración de la memoria social: museos, bibliotecas, universidades, conmemoraciones, lugares de peregrinación, literatura, historia y tradiciones orales. Probablemente, el Estado con sus instituciones y funciones, y por su mera continuidad, es un principio fundamental de estructuración de la memoria en nuestras sociedades.

2. El olvido es consustancial a la vida social, sea por razones que llamaríamos prácticas, en el sentido de que no es posible recordar todo y porque en el presente no se pueden mantener en vigencia todos los recuerdos; sea por razones políticas: llámese represión, como dirían los psicoanalistas, llámese manipulación y control de la memoria, llámese perdón, en aras de encontrar nuevas formas de pertenencia y convivencia. Permítanme recordar la célebre expresión de Renan: "El olvido, y hasta yo diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, de modo que el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad." Y agrega Renan: "la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas." La memoria no es más que una forma de articulación del olvido.
3. El recuerdo es una función socialmente diferenciada, las personas que se consideran principales tienen gran preocupación por la genealogía familiar y por sus antepasados. Se podría decir que la gente de valer tiene ascendientes, mientras que las personas comunes y corrientes apenas tienen descendientes. Tener la capacidad de recordar es tener determinados recursos de poder y responde a determinadas necesidades de identidad. El pasado pesa en el recuerdo y en el olvido, es decir pesa en nuestras mentalidades, ideologías y representaciones sociales, pero también pesa en nuestras prácticas y en nuestras relaciones sociales. El pasado gravita como arquitectura de la vida social, independientemente de nuestra facultad de recordar y olvidar. Como dice un historiador francés muy conocido: la larga duración es una estructura.
4. La impunidad solo existe en el marco de un sistema de ética y justicia; si no hubiera derecho no habría impunidad. En muchas esferas de la vida social hay violencia y arbitrariedad; empero, si no están englobadas dentro de una noción de lo que es moral o justo, se padecen o se aceptan como naturales. La impunidad no es la mera consecuencia del juego del

olvido y del recuerdo, sino de ciertas relaciones sociales de poder: quien logra evadir la justicia y quedar impune lo logra porque puede; es decir, porque tiene los recursos de poder para imponer un aparente manto de olvido sobre sus actos. Si la ley, en principio, es igual para todos, hacer valer la ley es una capacidad que está distribuida en forma desigual en la sociedad: hacer valer la ley supone tener recursos de poder y recursos económicos. Por lo tanto, en sociedades como las nuestras, una cierta cuota de impunidad parece inevitable, y forma parte del privilegio de quien goza de mando y fortuna. No todos los actos que quedan impunes, necesariamente, quedan sepultados en el olvido. Sabemos que hay rincones de la memoria en donde los recuerdos duelen.

5. La impunidad, en una sociedad en donde los valores liberales y el estado de derecho ya se han arraigado, puede producir desencanto entre los que son víctimas o testigos del hecho impune. Los actos de corrupción y de malversación de fondos públicos que quedan sin castigo tienen efectos deletéreos sobre la legitimidad política, porque la colectividad los resiente como una forma de violenta agresión que a todos afecta. Cuando se abusa del patrimonio del Estado no se despoja, en sentido estricto, a nadie porque lo público no es de nadie, pero, al mismo tiempo, se ofende a todos porque el Estado, supuestamente, nos representa.
6. El llamado desencanto que la impunidad fomenta es, en otro sentido, inevitable porque vivimos una época de desacralización del ejercicio del poder en la vida social. La desacralización de la política, sea por razones atribuibles a la perversión de la política como profesión, sea por la propia secularización del ejercicio del poder y su trivialización en la vida social, favorece el incremento de la apatía entre los ciudadanos y estimula el cinismo entre los profesionales de la política. El desánimo y la amargura frente a la impunidad rampante son fuentes de desafecto del ciudadano hacia los políticos y un incentivo para su alejamiento de la vida cívica.

7. Una cierta desconfianza de los ciudadanos en relación con los políticos profesionales es inevitable y sana, porque ayuda a independizarlos de las redes de paternalismo y clientelismos, las cuales aún sustentan la manipulación que los representantes hacen de sus representados. Pero, obviamente, la pérdida de civismo y el ascenso del cinismo no son saludables. La apatía política puede servir de excusa para las fuerzas de la intolerancia que siempre andan dividiendo el mundo en buenos, los afectos, aunque sean pocos y de poca convicción, y malos, aunque sean muchos y de mucha convicción.
8. Como hemos dicho, vivimos en un mundo en donde imperan poderosas fuerzas de racionalización de la vida social, fuerzas que hacen de la secularización una tendencia ineluctable. Por lo tanto, tenemos que aprender a vivir en un universo en donde ya no habrá próceres para venerar, caudillos para adorar o ideologías para abrazar. Los costarricenses estamos aprendiendo esa vida secular y, ciertamente, en este aprendizaje hemos quedado un poco traumatizados por la impunidad con la cual actúan amplios sectores de la clase política y de las grupos dominantes, en general.
9. Nuestro principal problema es la incapacidad para conducir el país que en la actualidad muestran las elites económicas, políticas y también intelectuales. Ni en el Parlamento, ni en la prensa, ni siquiera en las universidades, ni mucho menos en las campañas electorales, abunda el pensamiento audaz y la práctica comprometida. El conformismo, el lugar común y la superficialidad son nuestros mejores atributos intelectuales en el presente. Nuestra clase política se esfuerza en ser la síntesis y el promedio de tales atributos, los cuales condimenta con la creencia de que su función es un fin en sí mismo y con su procaz convicción de que en el quehacer político la manipulación es inevitable e indispensable. Nuestra vida pública es el mundo del "como si", pues la clase política costarricense entiende el concepto de representación, básicamente, como representación teatral, no como representación política.

10. La impunidad, como expresión de la impotencia de la colectividad frente a la prepotencia de las minorías gestoras de lo político, debe ser superada mediante una renovación ética, legal e institucional de la responsabilidad de todos los individuos. De este modo, el ejercicio del poder debe ser responsable, en el sentido de que quien lo asume, adquiere responsabilidades, no simplemente una renta de monopolio; igualmente, asumir responsabilidades significa ejercer el poder por encargo de otros, frente a quienes hay que rendir cuentas. Ejercer el poder no puede ser un ejercicio en el arte de la excusa.
11. No obstante, la responsabilidad es también tarea de los ciudadanos quienes deben estar dispuestos a tomarse una doble molestia: la de participar para poder exigir al representante un comportamiento responsable, y la de hacer valer y respetar las reglas y los compromisos por todos adoptados. Bien sabemos que en la vida cotidiana de los costarricenses imperan las más diversas formas de minúscula, pero a veces trágica, impunidad, frente a distintas normas de la convivencia social. La responsabilidad de los representantes demanda la participación de los representados. La responsabilidad como respuesta a la impunidad es un requisito para convertir la apatía y el cinismo en civismo. El civismo es entendido en este contexto como un acto secular y racional, carente de encanto y lejano de lo sagrado, debido a que es simplemente el acto pleno de ciudadanía del individuo responsable. En la política ya no hacen falta la magia y lo irracional, solamente se requieren responsabilidad y ejercicio pleno del raciocinio.
12. Debemos aceptar, para no comulgar con ruedas de molino de eventuales "reencantamientos", que la sociedad costarricense vive hoy una nueva fase de secularización, producto de tendencias internas surgidas en la década de 1960 y del empuje actual de la llamada globalización. La nueva fase secular se expresa, hemos dicho, en el distanciamiento, para hablar en lenguaje teatral, de la población respecto de los políticos. El

consumo de masas, tal y como es elaborado imaginariamente por la publicidad y los medios de comunicación en términos de frivolidad y hedonismo, parece ser el nuevo espacio del ritual y lo seudosacro. Empero, el ciudadano metamorfoseado en consumidor acaba convertido en una persona cívicamente irresponsable. El consumismo y la superficialidad se retroalimentan continuamente y terminan por crear un estado de cretinismo generalizado. El viejo humanismo liberal-ilustrado es reemplazado por una especie de neoscurantismo en donde reinan la vulgaridad y la ignorancia.

13. Frente a esta nueva secularización y frente al consumismo como lo seudosacro, se levantan las fuerzas neo-clericales y fundamentalistas religiosas. Esta otra vertiente del oscurantismo de nuestro tiempo también atenta contra la vida ciudadana, tanto porque fomenta el pensamiento irracional como porque promueve la intolerancia frente a la diferencia. Del ciudadano responsable y del civismo como compromiso con los derechos de la colectividad, estampados en la constitución y en las leyes, se supone que se debe esperar un comportamiento racional y una actitud reflexiva, pero, precisamente, las naderías con las cuales se nos invita a consumir y los simplismos intolerantes con los que se quiere devolver la fe perdida concitan todo lo contrario.
14. En suma, pienso que la sociedad costarricense debe apostar a la secularización de la política, al desarrollo del civismo de los ciudadanos y al renacimiento de la responsabilidad dentro de las clases dirigentes, en general, y de los sectores que tienen por profesión la representación ciudadana, en especial. Nada de esto es posible, sin que se realicen algunas reformas profundas de nuestras instituciones y sin que procedamos a sanear y a higienizar nuestra clase política, y a renovar sus efectivos con personas procedentes de los distintos sectores de la sociedad civil. Por supuesto que el remozamiento de nuestra vida política supone ir más allá del ajuste de cuentas con unos cuantos chivos expiatorios. No solo porque se castigue a unos cuantos culpables

visibles, va a desaparecer la impunidad de otros invisibles. Tampoco, la condena ejemplar de algunos, automáticamente, va a potenciar el sentido de responsabilidad cívica de todos los ciudadanos.

15. De igual manera, en cuanto a las relaciones entre memoria y olvido debemos apostar por una visión secular. Los costarricenses estamos obligados a revisar nuestros mitos fundacionales, tan impregnados de racismo, superioridad ante nuestros vecinos y autocomplacencia con nosotros mismos, y va a ser necesario mirarnos desnudos frente al espejo. Una reconstrucción secular de nuestra memoria debe ser, obligatoriamente, una labor profesional, es decir, crítica y racional. Poco sentido tiene reemplazar viejos mitos por nuevos mitos.
16. En general, la renovación de nuestro civismo no es solo un asunto ético, sino también una cuestión técnica. En este sentido, ser responsable significa ser exigente en el desempeño de nuestras competencias. La improvisación y la chapucería son parte constitutiva de nuestros males, muchos de los cuales son interpretados de manera excelsa por no pocas personas de nuestras clases dirigentes. Siempre habrá quienes preferirán recurrir a nuevas o a viejas recetas de reencantamiento de la población, desde la demagogia y la charlatanería, hasta el fundamentalismo religioso; pero yo estimo que una integración social duradera, en nuestra época, supone la participación de los ciudadanos, el disfrute pleno de sus derechos y la solución eficaz y definitiva de sus problemas. Pienso que en lugar de creer en algo, los ciudadanos costarricenses necesitamos, más bien, incidir en todo lo que afecta a nuestras vidas. En suma, mejor el civismo que el cinismo, mejor el civismo que el frívolo "pura vida" y aún más, mejor el civismo que la superchería.

VII
RETOS Y PERSPECTIVAS DEL NUEVO MILENIO

Este es el texto de una intervención en una mesa redonda, realizada en octubre de 1999, durante la Semana Humanista del Centro Educativo San Agustín de Palmares. Se publica por vez primera.

Agradezco esta invitación para venir a conversar sobre el futuro con un grupo de jóvenes, tema de preocupación, por excelencia, de las personas en su juventud, aunque, claro está, debe serlo también de quienes miramos ya esa etapa de nuestras vidas como un paisaje lejano y borroso.

Para comenzar debo advertir que no los puedo satisfacer en cuanto a abordar el tema con el cual se titula este diálogo porque la prudencia, a la cual estamos obligados los historiadores, me prohíbe especular sobre lo que podría decirse para los próximos mil años. Tampoco osaría hablar sobre el próximo siglo, sobre todo si queremos aprender de los errores de quienes quisieron ser profetas en el siglo XX, el cual ha terminado de manera tan insólita para tales profetas y para todo el mundo. De todos modos, si por un instante abandonara la prudencia, solo diría que es difícil que la humanidad conozca otro fin de milenio o siquiera un nuevo fin de siglo, si no se modifican algunas de las tendencias actualmente prevalecientes en este fin de siglo. Por eso, me voy a limitar a señalar algunos de los retos y perspectivas que, en mi opinión, nos esperan en la primera década del siglo XXI.

El conocido paleoantropólogo Richard Leakey publicó recientemente un libro llamado *La sexta extinción*. En esta obra, el

autor nos recuerda que la historia de la vida en la tierra ha estado jalonada por extinciones periódicas, como la que acabó con los dinosaurios, y que hay indicios de que nos estamos aproximando a un nuevo evento de ese tipo, provocado por la actividad descontrolada de los seres humanos sobre la biosfera. Pienso, al igual que tantos otros, que Leakey tiene razón y que uno de los principales retos que tenemos por delante es la cuestión del medio ambiente. Esta cuestión es capital porque condiciona nuestro modo o estilo civilizatorio, cuyo modelo son los Estados Unidos y los países industrializados, y también porque el problema del ambiente se presenta con mayor gravedad en aquellos lugares del planeta en donde imperan las peores condiciones de vida; pobreza y destrucción del ambiente local caminan de la mano, así como riqueza y destrucción del ambiente global se hermanan. La protección del medio ambiente y la eliminación de la pobreza son dos de los principales retos que tenemos por delante y, en términos prácticos, no podemos esperar todo el siglo XXI o todo el tercer milenio para resolverlos.

Quizás parezca desubicado venir a hablar de estos temas a un colegio de una de las comunidades más prósperas de un país de los mejores situados dentro del grupo del antes llamado Tercer Mundo. Esta aparente paradoja me lleva al otro reto que me parece fundamental: el de la mundialización o globalización. Este fenómeno, no siempre bien definido, se ha tornado en condición y problema del momento actual: a la globalización achacamos algunos de nuestros males, pero también en ella depositamos nuestras esperanzas. Sin embargo, yo quisiera llamar la atención sobre la circunstancia de que la globalización es además, la forma de solución de nuestros problemas. En nombre de una moral universal, que trasciende el derecho, considerado inviolable, de la soberanía de los estados, los países de la OTAN intervinieron en Kósovo, Yugoslavia. Asimismo, en nombre de una moral similar, Augusto Pinochet ha sido detenido en Gran Bretaña, a solicitud de un juez español. Estos ejemplos, los cuales, por supuesto, contienen elementos polémicos, revelan esta tendencia en formación a buscar

un tratamiento global, más allá de las fronteras nacionales, a los problemas de nuestro tiempo.

La posibilidad de resolver de manera global los problemas actuales enfrenta muchos obstáculos, los cuales van desde los intereses creados, hasta una cierta miopía o ceguera. Permítanme darles un ejemplo que nos atañe directamente: aunque en el corto plazo, el bienestar de nuestro país dependerá de sus propios éxitos económicos; en el mediano plazo nuestro destino dependerá de lo que acontezca en Centroamérica y de lo que ocurra, obviamente, en Nicaragua. No podremos vivir con comodidad, seguridad y estabilidad, como ricos, al lado de vecinos que naufragan en la pobreza. El destino de Costa Rica está ligado al de sus vecinos y nuestro bienestar, ahora más que nunca, depende de la economía global. Ahí está *Intel* para mostrar cuan cierto es esto y cuan vulnerables somos por tal circunstancia. Es un inmenso desafío aprender a no dar un mero enfoque local y de corto plazo a la solución de nuestros problemas. Altura de miras, universalismo y previsión parecen ser requisitos indispensables en las generaciones del presente y sobre todo en las de las próximas décadas.

El principal obstáculo para la solución global de los problemas es la actual estructura desigual de poder a nivel internacional. Vivimos en un mundo de estados formalmente soberanos, enmarcados dentro de un sistema de potencias, lo cual significa que la fuerza es un elemento fundamental en las relaciones entre los principales actores del planeta. Este problema es delicado, como ha quedado de manifiesto en eventos como las Cumbres de la Tierra, en donde los estados más poderosos, aún reconociendo la seriedad de los problemas ambientales, han impuesto su criterio de que el actual modo de consumo de sus poblaciones es intocable. Puede volver a parecer un poco lejano este asunto en esta risueña ciudad de Palmares y, no obstante, la realidad es otra. Es cierto que es poco lo que un país como Costa Rica puede hacer para cambiar las relaciones de fuerza a nivel internacional; sin embargo, es indispensable que los países que no son potencia hagan valer su derecho con el fin de establecer relaciones más equitativas a nivel internacional.

Empero, para que los países pequeños puedan actuar así deben, en primer lugar, ser eso, países, o, para ser precisos, estados debidamente constituidos. En nuestra época, las sociedades que tienen estados débiles o totalmente inexistentes viven en una verdadera orfandad a nivel internacional y sus poblaciones se encuentran en el mayor desamparo. En este sentido, hay una gran cortedad de miras en quienes, siguiendo con fe de carbonero la ideología dominante, piensan que la solución a cuanto mal hay radica en la consigna "menos Estado o nada de Estado". El siglo que comienza, a pesar de la globalización y de los procesos de integración, será un mundo de estados, quizás no tan soberanos como lo pretendieron ser los de los siglos XIX y XX, pero estados al fin y al cabo, responsables y representantes de sociedades y poblaciones concretas y específicas.

En Costa Rica tenemos un Estado para conservar y, sobre todo, para democratizar. He aquí otro reto. La expansión de la democracia en el siglo XX ha ido acompañada de un desarrollo de la apatía política y de un gran desencanto frente a los gestores de lo político. Ambas actitudes tienen por base la propia forma de funcionamiento de la democracia: frente a una ciudadanía más o menos pasiva, oligarquías de políticos profesionales, compiten entre sí por el poder, mediante el procedimiento del sufragio aplicado con determinada periodicidad. Esta división del trabajo parece, por el momento, inevitable y el problema consiste en encontrar los medios para romper el monopolio que ejercen los políticos profesionales de lo que podríamos llamar la política efectiva o la efectividad política.

Otra dimensión asociada al crecimiento de la democracia es la corrupción. Quizás, por razones relativas al propio funcionamiento de la democracia y por otras más complejas, el mal uso de los fondos públicos y la confusión entre intereses privados y bienes públicos no es tan inusual en las democracias. Corrupción y monopolización de la política por los políticos son las fuentes principales del desencanto. La reconstrucción del civismo o del patriotismo, como se decía en los lejanos tiempos de la independencia, parece

ser uno de los retos de la próxima década. La democracia podrá avanzar hacia un nuevo estado de desarrollo, solo si se logra una nueva implicación de la ciudadanía en la vida civil y republicana. Ciertamente, es suicida destruir el Estado, pero no lo es menos permitir que se convierta en una maquinaria autoritaria y oligárquica. Democratización de la vida pública y un nuevo compromiso de la ciudadanía, me parecen dos retos fundamentales.

Todos los retos señalados apuntan a uno que podría ser el más difícil de abordar y, posiblemente, sea tarea que trascienda una o dos décadas. En efecto, estos desafíos requieren una nueva sensibilidad o una nueva ética del conjunto de la ciudadanía, como práctica en la vida cotidiana. No dejo de espantarme, escandalizarme e indignarme al ver como conduce una gran cantidad de mis conciudadanos, sistemáticamente irrespetando las reglas del tránsito. Tales conductas son muestras de una terrible falta de civilidad, racionalidad y responsabilidad. Es evidente que en esas acciones no hay la más mínima conciencia de las consecuencias globales o generales de nuestros actos individuales. Y, no obstante, la protección del ambiente depende de pequeñas acciones y decisiones individuales; por ejemplo, comprar bebidas en envases reutilizables o velar continuamente por la reducción del consumo de electricidad. De igual manera, para darle un nuevo giro a nuestra vida democrática debemos abandonar no solo la apatía, sino también rechazar las actitudes borreguiles, a las que nos incitan los políticos por medio de una propaganda vacía, pueril y embrutecedora. Sin embargo, no basta con criticar, hay que implicarse y comprometerse; eso supone quitarle tiempo a la vida privada, tan orientada hoy al consumo, o a la vida pública, tan absorbida por el trabajo.

Efectivamente, el gran reto de los próximos años es la formación de una nueva ética de la responsabilidad que se traduzca, en términos prácticos e inmediatos, en comportamientos de la ciudadanía. Obviamente, esto es difícil, pero no imposible; por ejemplo, pienso que cada día somos más los costarricenses que consideramos chocante, por su muestra de inconsciencia y egoísmo, la conducta

de algunas personas de tirar basura por la ventana del autobús o del automóvil. Si pudiera resumir en una frase las preocupaciones que quiero expresarles, diría que estamos frente al reto de ser más responsables en nuestros actos y más conscientes de la naturaleza global de nuestros problemas y de sus soluciones.

Vamos a vivir en un mundo más interdependiente, lo cual nos abre muchas posibilidades, pero a todos nos vuelve más frágiles y vulnerables. La conservación de un Estado democrático y eficiente es necesaria para regular y canalizar, de forma positiva, los efectos de esa situación de interdependencia. No obstante, una ética de la responsabilidad también es indispensable para que no sucumbamos a los demonios de la xenofobia, hoy cuando tantos extranjeros trabajan con nosotros; una ética de la responsabilidad que nos dé la conciencia y la decisión de modificar algunos de nuestros estilos de consumo, para preservar el medio ambiente; una ética de la responsabilidad que nos permita ponernos en pie e imponer límites y condiciones a quienes hemos delegado el funcionamiento de nuestras instituciones políticas. En suma, el milenio que comienza nos plantea como principal reto hacer ya, sin demora, algunas cosas que tal vez antes no hacíamos, nosotros mismos, por nosotros mismos, y solo nosotros mismos.

VIII
EL LUGAR DE LA IDENTIDAD Y LA IDENTIDAD EN SU LUGAR

Este texto fue leído en las Tertulias del Farolito, convocadas alrededor del tema "La formación de las identidades nacionales en Costa Rica", organizadas por la Escuela de Filosofía de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica y el Centro Cultural de España, y realizadas en setiembre del 2004. Se publica por primera vez.

Es posible que si nos preguntáramos sobre el momento en el cual situar los orígenes históricos del tiempo presente, muchos estaríamos tentados de responder que estos se ubican en los inicios de la década de 1980. En efecto, diríamos que desde hace un cuarto de siglo, el país y el mundo han sufrido cambios profundos; de modo que la Costa Rica de estos tiempos de la guerra contra el terrorismo es bien distinta de esa de la época en que comenzaron las revoluciones y guerras en América Central y aún más de aquella de los años de guerra contra el nazismo.

Ciertamente, nuestras realidades han cambiado y, también como es normal, las representaciones sociales que de ellas nos hacemos. En los años dorados del Estado benefactor, los costarricenses fuimos indoctrinados y socializados mediante ciertas representaciones, bien conocidas, como colectividad, las cuales pueden ser identificadas con la noción del "excepcionalismo" costarricense. Nuestra conciencia de ser diferentes en el contexto latinoamericano, aún más, no solo diferentes sino, sobre todo, superiores, la aprendimos en la escuela y en el colegio, nos la reiteraron filósofos e historiadores cuando fuimos a la universidad y, en fin,

la hemos absorbido en todo nuestro entorno social, cultural y familiar. Como bien sabemos, nuestra idea nacional, claramente construida antes de 1950, fue propagandizada por ese Estado intervencionista, el cual controlaba tanto la telefonía, como la producción editorial local.

Posiblemente, fue en los años 1980, o quizás un poco antes, desde los sucesos de *ALCOA*, cuando sectores de la población urbana costarricense, jóvenes, de la clase media emergente y de ciertos medios intelectuales y culturales, empezaron a considerar que las imágenes idílicas de nuestra identidad y de nuestra memoria no correspondían con sus respectivas percepciones de la realidad. En el principio, la crítica fue social y política y se intentó denunciar y demostrar que en la nación no estaban todos; los campesinos, los trabajadores, muchos de los que habitaban fuera del Valle Central y los pobres, en general, quedaban fuera de ella o apenas vivían en sus márgenes; además, la propia nación estaba alienada de sí misma por el servilismo de los poderosos hacia los Estados Unidos. Fueron aquellos los años en los cuales los comunistas encontraron una nueva audiencia y alguna influencia en la vida nacional. También fueron aquellos los tiempos cuando, de manera casi ritual e infatigable, se coreaba la consigna "prensa vendida", la cual, según don Julio Rodríguez, tras todos los sucesos recientes en los cuales los medios han actuado casi como procuradores, debería ser, al fin, condenada y enterrada. Vieja izquierda y nueva izquierda vinieron a poner en entredicho el "excepcionalismo" costarricense o, como fue el caso de algunos, se propusieron su refundación, guiados por los consejos de un famoso folleto de Mao Tse Tung (hoy llamado Mao Zedong).

Todos esos cambios en la vida política también se expresaron en el quehacer académico. Los historiadores, para citar algo que conozco de cerca, nos fuimos a buscar la historia de las llamadas luchas sociales, es decir, la de los sectores populares, para insertarla en la memoria nacional, pues esta la había sepultado en el olvido o la había dejado en la sombra. Aquellos fueron días de gloria para los distintos marxismos, desde la escolástica soviética

de los muy difundidos manuales de Nikitin y Constantinov, hasta el complicado, aunque en el fondo poco sofisticado, marxismo del filósofo francés Louis Althusser, vulgarizado en América Latina mediante una especie de catecismo escrito por Martha Harnecker. Por supuesto, se deben agregar los otros marxismos que convocaban a la acción inmediata, venidos de todas las revoluciones del siglo XX: rusa, china, cubana y vietnamita Además, como bien se recordará, fueron esos los tiempos en que, dentro de todos los círculos de las ciencias sociales imperó, como el paradigma con mayúscula, la llamada "teoría de la dependencia".

A partir de cierto momento, la teoría pareció coincidir con la realidad, al menos en Centroamérica, cuando guerras y revoluciones estallaron un poco por todas partes, salvo en la "excepcional" Costa Rica. En aquella época, la nación costarricense comenzó a dudar de sí misma y a partir de cierto momento sus hijos predilectos, los que ensalza el Himno Nacional, empezaron a quejarse, pues ella ya no solo no los cobijaba, sino que los quería dejar fuera de su manto protector mediante PAES y liberalizaciones: pienso que es de esta manera que se podría interpretar la trayectoria de una organización como UPA Nacional. En suma, a partir de la década de 1980 se puso en entredicho el futuro de los labriegos sencillos como seres de carne y hueso y, simultáneamente, se puso en duda su lugar y su función como encarnaciones del imaginario nacional. Por paradójico que parezca, es significativo que el inicio del declive histórico e irreversible de los labriegos sencillos haya coincidido con el gobierno de Luis Alberto Monge, cuyo santo y seña fue el lema "volvamos a la tierra", como quizás algunos recordarán.

Como todos sabemos, en el mismo momento en que el pasado se disolvía, el futuro se nos esfumó: el temible comunismo, que tanto espantó a nuestros sencillos labriegos, de repente fue barrido del Istmo y de casi toda la faz de la tierra. Así, con un presente ominoso y ya sin pasado y tampoco sin futuro, las identidades despertaron y se pusieron a señalar a los responsables de su narcosis. Esta nueva crítica de la ejemplar nación costarricense

posiblemente resultó ser más demoledora y definitiva. En efecto, ni los ticos eran blancos, ni el Valle Central era toda nuestra geografía, ni se podía seguir siendo paternalista y, en el fondo, racista con Cocorí, ni mucho menos había que seguir tolerando las burlas de Magón, clasistas y elitistas, en relación con nuestros labriegos sencillos, en vías de rápida extinción. Desde las ONGs, hasta el Ministerio de Cultura, pasando por los textos escolares, no hubo lugar en donde no se dijera que Costa Rica era un país multicultural. De igual manera, unos combativos científicos sociales borraron del calendario oficial, el hasta entonces venerable y ahora, más que discutible, vergonzoso, 12 de octubre y, a falta de "Octubre Rojo" que recordar, los quinientos años de resistencia se convirtieron en consigna de una nueva memoria reparadora.

La crítica de la vieja identidad nacional se convirtió en promoción y proliferación de nuevas identidades: étnico-raciales, sobre todo al principio, y luego otras de todo tipo, desde las espaciales, locales y regionales, hasta las de género y de orientación sexual. Ciertamente, en términos de volverla más diversa, compleja y potencialmente más respetuosa o tolerante, esta proliferación de las identidades debe ser vista como un fenómeno positivo para una sociedad ahogada en el narcisismo de su diferencia y atrapada en el conformismo y la mojigatería. La preocupación por las identidades vino acompañada de un interés por el pasado y, más específicamente, por la memoria, frente a la cual había que reaccionar casi como actúa en situaciones extremas la Comisión Nacional de Emergencias, por medio de un heroico rescate. Como sabemos, si hay algo característico de la situación actual es esta casi obsesión por las más diversas expresiones del pasado, o por sus supuestos vestigios, precisamente en una coyuntura en la cual la conexión del presente con el pasado se ha vuelto muy problemática.

De nuevo, los científicos sociales nos hemos mostrado sensibles a estas evoluciones de nuestra sociedad y nos hemos dedicado a escudriñar los pliegues y las sombras del proceso de formación y de evolución de la identidad nacional costarricense, así como el de las otras formas de identidad que la nacional había

subsumido o invisibilizado. De igual manera, recientemente, hemos empezado a ver como ha operado el proceso de construcción de la memoria nacional y las formas en que dicho proceso se ha relacionado con la producción de los historiadores.

El diagnóstico sobre la cuestión de la memoria y de la identidad en nuestros días se podría resumir diciendo que, en términos generales, la memoria y la identidad nacional tienen muy poca capacidad de interpelación o de convocatoria para el conjunto de la sociedad; de modo que personas y grupos se inventan nuevas identidades y memorias, de escala y fundamentos distintos de los de la nación. Desde hace ya varios años nos hemos estado reuniendo en este lugar, en el marco de estas tertulias, para conversar sobre estos temas. Estas experiencias han sido provechosas, pero, quizás, ahora están llegando a su límite porque para pensar crítica y alternativamente la nacional y las otras identidades, parece necesario abordar nuevas cuestiones de otra manera.

En efecto, los sucesos recientes de la vida política nacional, han puesto en duda lo que creemos y pensamos sobre este país, no como comunidad de identidad, sino, esencialmente, como comunidad política, es decir, no como comunidad de atributos imaginariamente compartidos, sino, más bien, como comunidad de derechos y obligaciones políticamente construidos y jurídicamente sancionados. No es fácil aceptar que dentro de ciertos círculos de las elites políticas y empresariales prevalezca una visión patrimonial del Estado, según la cual, es posible y "correcto" lo que hemos visto se ha estado haciendo.

Tal vez sea necesario recordar que lo que hoy vivimos no es nuevo y, posiblemente, ha estado muy presente en este cuarto de siglo de cambios de la sociedad costarricense. Quizás, estas prácticas tengan por fundamento ciertos presupuestos metahistóricos y metasociales, difundidos y compartidos por muchas personas honorables e intachables, según los cuales lo público es siempre inferior a lo privado, tanto en términos éticos, como en términos prácticos. La utopía del minimalismo estatal se basa en esos supuestos y, como es conocido, la máxima meta social

de nuestro tiempo es el enriquecimiento; algunos, un tanto extraviados y aprovechados, se han precipitado a redefinir el adjetivo "correcto" para alcanzar el éxito en esa carrera.

Como se desprende de lo que he dicho, pienso que el problema no pasa por la reinvención de la nación, con recursos, tan urgentes como ineficaces, tales como las incitaciones a volvernos todos patriotas, expresadas en estas semanas por distintas voces y para distintos públicos, desde los lectores infantiles del suplemento *Zurquí*, hasta los pocos, pero asiduos, lectores de las secciones de opinión de la prensa escrita más influyente y poderosa. A fuerza de concederle demasiada importancia a la dimensión cultural de las identidades y las memorias, tendemos a olvidar que la nación es un efecto de la política y de lo político: las identidades se invocan con el expreso fin de hacer política con ellas. En este sentido, los exorcismos en nombre de la patria y del patriotismo arriesgan convertirse en recursos retóricos estériles, porque en estos momentos lo que está en juego es la propia comunidad política. En estos días todos nos hacemos la pregunta sobre si el manto del derecho nos cubre a todos o si algunos, por ser lo que son, disponen del antídoto de la impunidad.

En consecuencia, es más importante saber si el derecho nos cubre por igual, que identificar las supuestas identidades que compartimos. Admito que es eficaz como recurso de común unión, confirmar que a todos nos gusta el gallo pinto y saber que a todos nos angustia la clasificación de la Selección para el Mundial de Alemania. No obstante, esas cuestiones son, no falta decirlo, triviales, porque lo esencial es determinar cuales son las bases jurídico-políticas que deben asegurar nuestra convivencia como colectividad. En el fondo, lo que está en juego es nuestra viabilidad como estado-nación, tanto porque la discusión del TLC suscita la cuestión de la soberanía, como porque si no garantizamos el principio de que el derecho a todos nos cubre, entonces, como sabemos, la alternativa de Leviatán, el garante del orden interior, sería la guerra civil. Atomización social y satelitización son riesgos efectivos que nos acechan y, de seguro, que no es mucho lo

que vamos a poder hacer invocando a los próceres del pasado y postulando la existencia de una fantasmal casa común.

En última instancia, el problema radica no tanto en afirmar, imperativamente, nuestras supuestas identidades y memorias sino en identificar nuestras diferencias y en encontrar las vías adecuadas para negociarlas; a menos que se piense que solo puede negociar quien es dueño o conductor de un furgón. Señalo que estoy pensando en las diferencias de intereses, no en nuestras identidades asumidas o atribuidas. Subrayo la cuestión de las diferencias, pues el derecho a todos nos debería cobijar, pero todos también tenemos derecho a nuestros específicos derechos que, como sabemos, no son necesariamente asegurados, en forma automática, por el mercado, la acumulación y la globalización.

Hay quienes piensan que con la democracia basta porque, supuestamente, de todo lo demás se puede ocupar el proceso económico, solito y sin interferencias. Sin embargo, es evidente que ningún mecanismo económico, aparte de remunerar factores, con todas las imperfecciones propias de la vida económica real, la cual, desgraciadamente, no funciona según los supuestos de la competencia perfecta, no puede hacer mucho más. Ni el más impoluto y ortodoxo seguidor y practicante de la ideología económica dominante no es susceptible de sucumbir a la tentación de tratar de socializar las pérdidas y privatizar las ganancias. Por ejemplo, en estos días hemos descubierto que hay alguien que, a pesar de sus autoproclamadas y publicitadas virtudes como ciudadano y como empresario, aparentemente, se ha ido de bruces con los finlandeses.

Así como no basta con la identidad, tampoco basta con el derecho porque se requiere concretar los derechos. Me parece sano enterrar para siempre los supuestos étnico-raciales de la identidad nacional costarricense y me parece positivo que se visibilicen otras identidades; pero, así como tenemos el "día del negro", para utilizar un lenguaje políticamente incorrecto, en la nueva liturgia nacional sería muy bueno que, de igual forma, hubiera "el día del nica", otro componente de nuestra historia

pasada, pues no hace falta decir de nuestra situación presente. No obstante, pienso que la mayor parte de los nicaragüenses se quedarían apenas enjuagados con el "día del nica", si no se velara, igualmente, por una aplicación efectiva de sus derechos laborales y sociales y de todos aquellos otros que les corresponden como habitantes de nuestro territorio.

Como se observa, de manera implícita, estoy pensando en otro tipo de patriotismo, menos fantasmal y más orientado hacia la acción social, menos centrado en la cultura y más volcado hacia la política, más preocupado por el futuro y menos interesado en un pasado acomodado y recortado según cuestiones de coyuntura; en ese sentido, más centrado en el proyecto que en la memoria. En fin, un patriotismo que invite a todos a defender sus derechos y que encuentre las fórmulas para tramitar las diferencias. En síntesis, en estos momentos, nuestro futuro como colectividad depende más de una refundación de la política y de lo político que de la reinvención de la identidad o de un supuesto rescate de valores.

Indudablemente, debemos reconocernos como colectividad mediante determinados signos de identidad, pero pienso que la apuesta debe ser por la diversidad y por la experimentación creativa, no por la homogeneización a través del aparato educativo o de los medios de comunicación. Sin embargo, en mi opinión, en la situación presente, la reconstrucción de las identidades tiene como requisito previo la refundación de lo jurídico y de lo político. También, estimo que se requiere reconstruir la vida social y eso si que no depende solamente del Estado, sino de ciertas formas de disciplina colectiva practicadas en la cotidianidad de la interacción social. Permítanme decirles, a riesgo de ser trivial, que me parece falta de desarrollo civilizatorio irrespetar los semáforos y las reglas de tránsito en general, ensuciar las playas con la propia basura que uno ha producido u otras horteradas, como dirían nuestros anfitriones de esta noche, que son características de ricos, pobres y de los que están en el medio. No me parece realista que este país se pueda hacer más vivible y viable si solo se mete en cintura a los poderosos; igualmente, todos los que no caemos

en esa categoría estamos obligados a practicar el patriotismo del respeto de los derechos comunes. Además, debemos ser protagonistas de la acción social, sin ser exclusivamente defensores de derechos corporativos. Aclaro que grupos de presión son todos no solo los traileros, sino también respetables instituciones como *CINDE* o el periódico *La Nación*.

En fin, tal vez después de haber desmontado los mecanismos de la identidad nacional, los científicos sociales podríamos ponernos a estudiar cómo ha funcionado la dominación en nuestro país. Así como hemos desmontado los mecanismos de la nación costarricense, deberíamos explorar los entresijos de la llamada democracia costarricense. Ingenuo sería creer que lo que hoy es escándalo, es auténtica novedad en nuestra historia. Una cierta opacidad de los círculos dominantes de este país ha empezado a disiparse con los escándalos recientes. En estas circunstancias, valdría la pena profundizar en el conocimiento de estos grupos para tratar de entender cómo y por qué dominan. No se trata de derrocarlos, ni desterrarlos (¡Dios nos libre!), sino, simplemente, de conocerlos, porque conociéndolos a ellos nos conoceremos a nosotros mismos y, posiblemente, dicho conocimiento tenga algún valor práctico para el funcionamiento de nuestro estado de derecho y de nuestro régimen democrático.

En suma, no quisiera ser impertinente con mis anfitriones, ni con quienes han tenido la paciencia de escucharme y, aunque sienta la tentación de hacerlo, no diré basta de la identidad, aunque espero haya quedado claro que con la identidad, no basta.

IX
ELOGIO DEL INMIGRANTE

A Mireille y Aline Lacaze

Conferencia pronunciada el 18 de agosto de 1999, en el acto de apertura del Doctorado Centroamericano en Historia de la Universidad de Costa Rica. Este ensayo ha sido reproducido en varias publicaciones, entre ellas: ***Revista de Historia****, 40, julio-diciembre 1999, pp. 17-24 y* ***Literastur****, 1, 2, segundo semestre 2001, pp. 17-21.*

Tenía que tratarse de lo que se va a tratar. Podría haberlo llamado elogio del extranjero, pero, de seguro, se hubiera prestado a incomprensiones inmediatas, porque aquí se va a hablar de proximidades, a pesar de las lejanías. Podría haberse llamado elogio de la diferencia, pero tal vez hubiera alertado todas las defensas, pues diferendos nos acechan por todas partes. Por eso se llamará elogio del inmigrante, del pasante que pasa y nos deja la nostalgia; del caminante que se queda y en su vivir cambia la vida de quienes habíamos llegado antes; del peregrino que en este lugar pasó para siempre de esta tierra y aquí dejó su polvo, disperso, pero sobre todo lavado, en este país de tanta lluvia.

Elogiamos al inmigrante porque con sus pies hace historia, porque en sus espaldas carga el pasado, que le pesa, pero no tanto como para no intentar erguirse en una vida nueva. Él conoce los poros de las fronteras y los desfiladeros de los tiempos. El inmigrante parte a alguna parte, pero él es siempre de otra parte. Los que se van tienen un terruño que dejan por alguna razón. Las propias pueden ser las más personales, pero detrás, o más bien delante de esa intimidad, están las grandes razones de la

historia, las guerras, las pestes, los exterminios y las hambrunas. Se abandona el lugar de nación porque este ya no ofrece lo que se espera y se parte a la conquista. Pero la propia tierra que nos fue inhóspita, apenas abandonada, se convierte en el paraíso perdido, en el sitio imaginario donde se depositan todas las fantasías, sobre todo las que nunca serán realizadas. Y se llega a una nueva tierra que da cobijo momentáneo, se cree, y aunque alimente, nunca parece tan buena como aquella de la cual se alejó. Aunque se conquiste, se adopte y se idealice, la tierra de adopción conserva para el migrante, hasta su muerte, un poco de madrastra. Pero los inmigrantes no son cenicientas, son como todos los demás seres humanos; su singularidad tal vez consista en vivir de una manera especial las soledades. A lo lejos los vemos reunirse y habitar determinadas geografías de nuestros campos y ciudades, pero aunque se tienen mutua compañía, se quedan solos de nosotros y del lugar que atrás dejaron. Todos perdemos la infancia, pero la de ellos murió de manera distinta porque se quedó en otra parte, y como ya no recuerdan donde yace enterrada, viven con la duda de que en algún lugar sigue viviendo.

Los inmigrantes, quizás, no solo no sean como los que aquí ya estábamos porque sus soledades sean distintas; tal vez sean diferentes también porque conocen mejor que nosotros –aquellos que vivimos con la ilusión de ser sedentarios– el amplio abanico de la condición humana. Ellos saben que partieron porque quisieron y porque algunos congéneres los empujaron a tomar la decisión del éxodo. Ellos saben que donde llegaron encontraron tanto generosidad como perversidad. Ellos saben que sus compañeros en la peregrinación eran no menos humanos en grandezas y pequeñeces. Los inmigrantes saben que ellos, por ser víctimas, en modo alguno son ángeles; que la situación de víctima es una celda de tránsito –por eso emigran– no una condena permanente; que los martirizados de ayer pueden ser los crueles de mañana. Ellos han aprendido que los sufrimientos de la partida, el júbilo de la llegada y el desafío perpetuo del nuevo arraigo, ni preparan, ni inmunizan para los quehaceres del humanismo y de la filantropía.

Los inmigrantes viven día a día las asonancias, disonancias y consonancias de la experiencia humana. Sus mesas son híbridas. Sus deseos se parten y se reparten. Sus ojos se posan en otros pliegues. Sus manos cuando acarician, con pudor se aferran y con desasosiego se apartan. Siempre viven en fuga y siempre persiguen una morada. Pero aman y se enamoran y a veces sus descendientes son llamados mestizos o mulatos, objetos de rencores y apetitos ocultos. Quizás, oscuramente, sepan que ellos son la residencia misma de la humanidad. Estas montañas, aquel mar, esta forma de vivir con Dios, esta manera de nombrar las cosas, este simple estar aquí, nos ciegan frente a la condición propia de lo humano: la diversidad. Y el inmigrante viene a recordárnoslo. Con sus pies camina la historia de la humanidad entera. Y nosotros los miramos llegar y decimos: no se nos parecen; marchan de un modo diferente; nada saben de lo que nosotros sabemos desde siempre; en fin, no son como nosotros. Y, como los niños, los observamos huraños y los miramos curiosos; los tenemos a distancia y los contemplamos a hurtadillas. Y entre sospecha e intriga al fin descubrimos que son como nosotros, humanos. Sí tienen alma, concluirán solemnemente los letrados españoles, luego de guerras, exterminios y disputas teológicas, a propósito de los habitantes del Nuevo Mundo.

Los seres humanos somos irremediablemente pragmáticos y antes de descubrirlos, ya adivinábamos su utilidad. Intercambios, matrimonios y esclavización son las primeras formas de relación entre sociedades que se perciben diferentes; la luna y sol, la guerra y la paz marcan el ciclo de sus estaciones. Sexo y muerte, atracción y agresión son los perennes vasos comunicantes entre mundos diferentes. Así, haciendo la guerra y haciendo el amor, descubrimos que pertenecemos a una sola y única humanidad. Los que llegaron como "el otro" nos hicieron descubrir que éramos nosotros. Los emigrantes son la humanidad misma, pues ella nunca ha dejado de migrar, de África hasta América, cuando terminaba de hacerse humana, en el último centenar de millares de años; de Europa a América y de un lado para otro, cuando la

cristiandad decidió convertir infieles, en este último milenio. Los seres humanos somos animales andariegos, emisarios incansables de nuestra radical diferencia y de nuestra esencial unidad. Los inmigrantes son el documento viviente de nuestra condición, sin pedirlo ni desearlo, porque allí por donde pasan, andan recordando, en silencio, con su sola presencia, que la humanidad son humanidades.

Los inmigrantes son la vida y son la muerte: unas veces, espectros temblorosos, sombras sigilosas en la noche, pasos furtivos en el alba, manos implorantes, ojos alucinados ante estatuas de la libertad, hacedores de las Américas, en fin, náufragos del último apocalipsis agarrados a la vida; otras veces, de súbito se alzan en el horizonte, ominosas antorchas, estruendos y pendones, chirimías y atabales, carruajes y armaduras, guerreros despiadados, persas, bárbaros, normandos, sarracenos y otomanos, daríos, alejandros, atilas, gengiskanes y saladinos; aztecas, chichimecas y caribes, barbudos a caballo y tonsurados a pie, alvarados y pizarros, demoledores de templos y de estatuas, incineradores de códices y libros sagrados, degolladores de príncipes, raptores de doncellas, conquistadores, en suma.

Pero, tras toda la sangre derramada, el romano se forma en la escuela de su esclavo griego, el galo se romaniza, el bárbaro se cristianiza, el español aprende a comer maíz, a tomar chocolate y a fumar tabaco. Así, luego del encuentro, terrible matrimonio de los cielos y los infiernos, reaparece la común humanidad, aguijoneada por la necesidad, el hambre y el deseo carnal. Pero otras veces, excepcionales, entre algunos brota una sensibilidad inédita –el otro como fin, no como medio–, nacida de la compasión hacia los vencidos, surgida tras llevar hasta las últimas consecuencias el descubrimiento de la humanidad compartida. Eso le sucedió, por ejemplo, a alguien que se llamaba Bartolomé de las Casas.

Los inmigrantes son el recuerdo de nuestro olvido. Vienen para recordar a los ya residentes que nosotros también alguna vez aquí arribamos, aunque ya lo hayamos olvidado y hagamos de esa amnesia nuestra gran ventaja sobre ellos. Desde el fondo de los

tiempos siempre hubo alguien antes que nosotros, alguien a quien desplazamos, alguien que nos marginó, alguien con quien luchamos y alguien con quien, al final, nos confundimos. Ser inmigrante es un asunto de derechos de precedencia, de definiciones de quien llegó primero. La historia antigua de Centroamérica no es solo una historia de civilizaciones y culturas que ascienden y caen, sino una historia de poblaciones que vienen y de poblaciones que van. Nuestra historia de los últimos quinientos años es solo distinta porque en esos ires y venires hay gentes de otros continentes. Los inmigrantes nos vienen a recordar a quienes somos sus adelantados que todo arraigo es relativo, que hoy somos de aquí y que ayer éramos de otra parte, que del terruño, como de este mundo, también somos provisorios. Hubo alguna vez, quizás, alguien que fue el primero y el único en este territorio, el primero que espantó a las bestias, el primero que quebró una rama; luego aparecieron segundos, terceros y subsiguientes, y todo cambió. No sabemos si lo exterminaron, no sabemos si somos sus descendientes, solo sabemos que siempre fue así y, aunque el riesgo sea la muerte, más vale sociedades que soledades.

Los inmigrantes son nuestro espejo, el muro donde se reflejan nuestras identidades, y cuando llegan alzamos la voz para decir más fuerte nosotros somos nosotros. Son nuestro espejo, pues proyectan nuestros brillos imaginarios, pero lo son también, porque alumbran nuestros demonios reales. Nos fatigan porque nos someten a pruebas constantes; quienes pretenden dominarnos, por esa mera razón; y quienes llegan desvalidos, porque nos piden demostración de tolerancia y comprensión, de generosidad y compasión. Tanta demanda agota y al final decimos basta de pruebas, no son merecedores de nuestras virtudes. Pero, pronto, un poco vergonzantes, nos copiamos los unos a los otros, nos imitamos y nos mimetizamos, y al fin llega el momento en el cual decimos tener una identidad compartida, posiblemente, en el mismo instante cuando una nueva oleada de inmigrantes arriba. El ciclo recomienza y los penúltimos en llegar, quienes apenas empiezan a olvidar su odisea, se ponen, como los demás, a mirar por encima del hombro a los recién venidos.

La historia del pasante, en suma, es la historia misma, presencia y recuerdo, derrota y esperanza, conflicto y comunión, arraigo y desarraigo, toda la humanidad y cada una de sus partes. El inmigrante transita en la historia, pero al final se funde en la memoria. Nace terrenal y carnal, pero luego se disuelve en el tiempo y se transfigura en mito. Uno de los fundamentos de todo mito de identidad es, precisamente, el de los orígenes; somos, decimos, los descendientes de un semidiós, de un guerrero, poco importa si vencedor o vencido, somos los hijos de los fundadores que vinieron de allende montes, mares y desiertos, somos herederos de los que primero llegaron. Curiosa la paradoja del origen de las identidades: somos de aquí porque vinimos de allá, fuimos los primeros, es decir, en el principio éramos extranjeros. Por eso elogiamos al inmigrante, porque para enaltecerlo necesitamos de la historia, porque ella escruta a residentes y peregrinos más allá de los sortilegios de sus respectivas memorias. La humanidad que el radicado pretende expropiar al desterrado, es restituida a cada uno por la historia, ninguno es la humanidad con mayúsculas, apenas humanos, ambos demasiado humanos. Historia, memoria, identidades, sabemos que se frecuentan mucho, pero es preferible no olvidar que son distintas.

Memoria e historia, aunque vecinas, no habitan bajo el mismo techo, porque la memoria acomoda los recuerdos y la historia los desacomoda; porque la memoria solo reivindica la prueba de su continuidad y existencia, mientras que la historia nunca se fatiga de demandar pruebas suplementarias. La memoria es el pasado cristalizado, el pasado hecho monumento; la historia es tránsito, contingencia, aguas derramadas sin fin; aunque no es menos cierto que para la historia el pasado no es solo lo pretérito, sino también lo que no ha terminado de alejarse. La memoria es la identidad, la historia es la diferencia. Ciencia de lo particular, dijeron los maestros fundadores de los tiempos del romanticismo. Componer una historia, es ante todo saber reconocer la diferencia. La razón de las diferencias es el misterio que perseguimos en cada historia que nos es dado contar. Diferencias a través del

tiempo, diferencias a lo largo y a lo ancho del planeta, diferencias en el seno de los grupos humanos; diferencias para distinguir, diferencias para dominar, desarrollos específicos por todas partes, pero todos ellos resultado de una historia.

Nuestra disciplina razona sobre las diferencias en el horizonte de la duración; en el tiempo, a lo largo del tiempo, esto ha terminado resultando aquello. En nuestro tiempo reposan los vestigios de mundos desaparecidos; el tiempo es poderoso porque solo él permite que todo lo sólido se disuelva en el aire. Pero en verdad, el tiempo nada hace, todo se hace tan solo con nuestras manos. No fue el tiempo sino los antiguos quienes erigieron esos imponentes monumentos presentes en el viejo y en el nuevo mundo; tampoco fue el tiempo quien los destruyó; fueron otras manos con sus teas, sus hachas, sus catapultas y sus cañones; hoy erección, mañana pillaje, ese es el destino de pirámides y partenones.

Decimos razonar, sin embargo por momentos a los historiadores nos prende el furor del delirio. Las diferencias están allí, pero de repente nos tienta Satanás, él conoce nuestras debilidades y la suprema de todas, el orgullo, y ya no buscamos razones sino justificaciones de las diferencias. De la razón verdadera, legítima, pero fugaz aspiración de nuestra disciplina, saltamos a la razón auténtica, y de repente, sacrificamos las diferencias y sus razones en nombre de las identidades y sus sinrazones, y decimos que allá en lontananza, donde la vista se acaba, están los bárbaros. Ethnos dirán los griegos, de quienes no compartían las grandezas y miserias de su razón. La memoria, el recuerdo hecho mito, se convierte en el origen, el recuerdo hecho teogonía. El tránsito y la permanencia dejan de ser titanes en lucha, puestos de rodillas por los dioses del comienzo. En el principio éramos puros, auténticos, inmaculados, únicos, elegidos en fin, de quien gobierna la luz y las tinieblas. En el principio éramos así y en el presente a las puertas, peor, en nuestra propia casa, nos invade la impureza. El historiador a veces queda atrapado en las redes de la historia edificante y dadora de lecciones. Todos, alguna vez, hemos creído encontrar la buena causa y los buenos discípulos. ¡Vana y peligrosa ilusión!

Por eso en 1931, Paul Valéry denunciaba nuestra disciplina como la justificadora de todo y de cualquier cosa, como el peor producto de la química del intelecto humano, como el opio de las naciones que las conducía a delirios de grandeza o de persecución y, eventualmente, a su perdición. Valéry era injusto con los historiadores, un poco, no totalmente, porque esos extravíos son pasajeros. Siempre entre nosotros hay guardianes que nos previenen contra las trampas de la memoria y las sirenas de la autenticidad. Permítanme citar a uno de ellos, el historiador británico Eric Hobsbawm:

> "La deconstrucción de mitos políticos o sociales disfrazados de historia forma parte desde hace tiempo de las obligaciones profesionales del historiador, con independencia de sus simpatías."

El inmigrante, quien sin desearlo despierta los fantasmas de las identidades, impone a la historia su obligación de crítica y distancia frente a la memoria. El inmigrante contribuye a liberarnos de nuestro pasado y la historia está obligada a mostrar las imposturas y supersticiones de quienes promueven la intolerancia en nombre de las identidades. El inmigrante no amenaza nuestras tradiciones, pues cada generación en todas partes del mundo selecciona las tradiciones que hereda y solo conserva, no sin modificarlas, aquellas que corresponden a sus necesidades en el presente y a sus aspiraciones de futuro. Los inmigrantes no vienen a contaminarnos, simplemente se asocian a esa labor, la cual de todos modos nos corresponde, de reelaboración y de invención perpetua de nuestras identidades. Tal vez, su único pecado consista en ponernos en evidencia de que lo que hacemos pasar por nuestra naturaleza, es solo nuestra historia.

Los inmigrantes se fabrican nuevos nombres y apellidos y se asignan nuevos papeles en el gran teatro del mundo y en las pequeñas cortes de los milagros. Los investidos de las identidades son recelosos de tales juegos de travestidos y miran al inmigrante con esa desazón que por momentos todos sentimos en un baile de máscaras. Los historiadores, por nuestra cuenta, un poco desencantados, vemos el revestimiento tanto en los

travestidos como en los investidos. Todos los grupos humanos nos fabricamos nombres y apellidos, genealogías y filiaciones, no solo los recién llegados. Es, precisamente, el reconocimiento del carácter cambiante, inventivo, intercambiable y perecedero de nuestras múltiples y situacionales identidades, el que autoriza a fundar sobre bases racionales el deber de la tolerancia y el derecho a la diferencia. Ernest Renan no era un cínico, sino un hombre profundamente lúcido cuando en su famosa conferencia de 1882 afirmaba:

> "El olvido, y hasta yo diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, de modo que el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad."

La historia, en efecto, no está al servicio de las identidades, su función consiste en hacernos comprender racionalmente el pasado para liberarnos de su inercia, para que no nos aprisione más como lo intangible, como prohibición, como inhibición, como culpa y pecado, como "cárcel de larga duración" como hubiera dicho Fernand Braudel. Precisamente, la historia es hermana del peregrino, porque siempre anda en búsqueda del movimiento, aún allí donde se percata de retrasos, resistencias y fijaciones. El país de la historia es el mismo del caminante, aquel de donde ha llegado el rumor que mucha gente vive a gusto. La historia, como diría Walter Benjamin, sabe que detrás de cada gran progreso hay una gran barbarie, que hay muertos que yacen en el olvido, ocultos bajo el manto de nuestros supuestos éxitos. El historiador reconoce que pudo haber otros finales de juego, que los perdedores pudieron haber sido los otros y se esfuerza por entender la razón del específico desenlace; lo cual no es lo mismo que absolver a los vencedores y condenar a los derrotados. No es función de la historia glorificar el presente, como si fuese el mejor de los mundos posibles. Al contrario, la historia arroja luz sobre nuestro lado oscuro, el de ayer y el de hoy.

Inauguramos una nueva etapa en los estudios de la historia en América Central y nos imponemos el deber de la historia como

hija rebelde de la memoria, como madre severa del recuerdo, como observadora escéptica de las escenificaciones de las identidades. Iniciamos ese deber con un elogio del inmigrante, porque su propia condición es una interpelación a nuestro quehacer, porque nos abre las puertas del futuro –no olvidemos que los prejuicios son siempre escombros del pasado–, porque nos incita a la búsqueda de lo incierto, porque nos recuerda que la historia no está para justificar nada, pero sí para intentar comprenderlo todo, incluido lo inhumano, ese fondo oscuro de donde casi siempre nacen las biografías de todos los caminantes.

Quizás debiera terminar con unas palabras escritas por el antropólogo Claude Levi-Strauss hace ya casi medio siglo:

"La exclusiva fatalidad, la única tara que puede afligir a un grupo humano e impedirle realizar plenamente su naturaleza es estar solo."

Toulouse-Barva, junio-agosto 1999.

BIBLIOGRAFÍA

Estos breves ensayos son fruto tanto de una serie de experiencias y vivencias personales, como de la práctica de la enseñanza y de la investigación en historia. También son, por supuesto, resultado de múltiples lecturas. Fueron expresamente concebidos y escritos sin el imperativo de la nota de pie de página y la referencia bibliográfica. Así, en sentido estricto, no pueden ser referidos a una bibliografía específica. Sin embargo, aquí vamos a consignar, algunas obras en español que han orientado y continúan orientando nuestras reflexiones, y que quizás sean de utilidad como referencia para otras personas:

Appleby, Joyce, Hunt, Lynn y Jacob, Margaret. *La verdad sobre la historia*, Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1998.

Bloch, Marc. *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Cuesta Bustillo, Josefina (Ed.). *Memoria e historia*, Madrid: Marcial Pons, (*Ayer* 32), 1998.

Habermas, Jürgen. *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid: Editorial Tecnos, 1994.

Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Crítica, 1991.

_____. *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica, 1998.

Iggers, Georg. *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Madrid: Editorial Labor, 1995.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Ediciones Paidós, 1993.

Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria*, Barcelona: Paidós, 1991.

Noiriel, Gérard. *Sobre la crisis de la historia*, Madrid: Ediciones Cátedra, 1997.

Prost, Antoine. *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2001.

Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*, Barcelona: Crítica, 1981.

ACERCA DEL AUTOR

Víctor Hugo Acuña Ortega es doctor en Historia de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París, Francia. Es catedrático de la Universidad de Costa Rica, profesor de la Escuela de Historia y del Posgrado Centroamericano en Historia e investigador del Centro de Investigaciones Históricas de América Central. Ha publicado diversos trabajos sobre historia económica, social y cultural de Costa Rica y América Central de los siglos XVIII-XX. Obtuvo el Premio Nacional de Historia en 1993.

Este libro se terminó de imprimir
en la Sección de Impresión del SIEDIN,
en febrero de 2011.

Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

IG 430

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos y no comerciales

En este libro se reúnen nueve textos cortos escritos por el autor en los últimos quince años. Su preocupación central es la historia, como forma de conocimiento y como experiencia humana por excelencia. Estos ensayos son una invitación a acercarse al conocimiento histórico, mediante el reconocimiento de sus límites y sus posibilidades. Expresan, además, la posición del autor, como historiador y como ciudadano, frente a algunas de las preocupaciones de nuestro tiempo, en particular, el tema de la memoria, la cuestión de las identidades y el problema del poder. Por último, recogen sus inquietudes y aspiraciones frente a la crisis y al paso incierto de Costa Rica en el tránsito del siglo XX al siglo XXI. En suma, estos ensayos son una defensa del humanismo como medio de resistencia contra las nuevas formas globales de sujeción y enajenación de los seres humanos.

creative commons

Editorial Universidad de Costa Rica
Sesquicentenario de la Campaña Nacional contra los filibusteros

ISBN 9968-936-59-6
9 789968 936590